

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA CATALINA LABOURÉ
Y LA MEDALLA MILAGROSA**

LIMA – PERÚ

SANTA CATALINA LABOURÉ Y LA MEDALLA MILAGROSA

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Catalina y su familia.

PRIMERA PARTE: LAS APARICIONES

Aparición de San Vicente.

Aparición de Jesús sacramentado.

Primera aparición.

Mensaje de María.

Revolución de 1830.

Segunda aparición.

Tercera aparición.

La medalla milagrosa.

Noticia histórica.

Comisión investigadora.

Hospicio de Enghien.

SEGUNDA PARTE: LOS ÚLTIMOS AÑOS

La guerra.

La Comuna.

El último año de vida.

TERCERA PARTE: LOS CARISMAS Y SU MUERTE

Dones sobrenaturales: a) Profecía.

b) Cosas extraordinarias. c) ¿Bilocación?

Anécdotas.

Así era ella.

Su muerte.

Milagros después de su muerte

CUARTA PARTE: LAS MARAVILLAS DE DIOS

Conversión de Alfonso de Ratisbona.

Un milagro de María.

Los santos y la medalla.

El poder de Dios y la medalla:

a) Padre Giovanni Salerno. b) San Maximiliano Kolbe.

c) Santa Teresa de Calcuta

El sillón de la Virgen.

Cuerpo incorrupto.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Catalina Labouré es una vida hermosa, especialmente por las apariciones que tuvo de la Virgen María y por las maravillas que Dios ha obrado en el mundo entero por medio de la famosa medalla, llamada milagrosa. Ella era una sencilla ama de casa desde los doce años, en que su hermana mayor se fue al convento, y ella quedó al frente de los trabajos de la casa, ya que su madre había muerto.

Después de mucho rezar, pudo al fin conseguir el permiso de su padre para entrar al convento de las hijas de la Caridad, donde se santificó haciendo los trabajos más humildes. Primero fue cocinera, después lavandera y más tarde le encargaron el cuidado de los ancianos del hospicio.

Toda su vida vivió oculta, ya que nadie sabía que a ella se le había aparecido la Virgen María. Solamente se lo contó a su director espiritual, el padre Aladel, haciéndole prometer que no manifestaría a nadie su identidad. Así pasó desapercibida de todos. Parecía una religiosa normal, pero su amor a Jesús sacramentado era inmenso y, cuando estaba en oración, miraba continua y fijamente la imagen de la Virgen. Se distinguía de todas cuando rezaban el rosario en común. Su devoción y fervor eran únicos; y lo mismo su atención a los pobres, enfermos y ancianos.

En tiempo de revoluciones sociales, cuando los sacerdotes y las religiosas eran perseguidos a muerte por los anticlericales comuneros, ella aseguraba a todas las hermanas que no les pasaría nada, porque la Virgen María había prometido protegerlas de todo mal. Y así sucedía, porque, mientras asesinaban sacerdotes y religiosas de otras Comunidades, las hijas de la Caridad y los sacerdotes lazaristas o vicentinos quedaban indemnes.

Aprendamos de su vida a amar mucho a Jesús sacramentado, a quien veía casi todos los días durante el noviciado. A amar a María, como ella la amaba sin poder disimularlo, e igualmente a san Vicente de Paúl y santa María Marillac, sus fundadores; y en general a todos los santos para vivir el cielo en la tierra; es decir, unidos a todos los santos y ángeles que viven entre nosotros y nos ayudan en la medida en que los invocamos.

Nota.- *Proceso* se refiere el libro publicado por el padre René Laurentin titulado *Procès de Catherine*, Ed. Lienhart, París, 1979. En este libro se encuentran los mejores testimonios del Proceso de canonización.

Los textos de las apariciones de la Virgen están tomados del libro del padre Edmundo Crapez, *La venerable Catalina Labouré*, Barcelona, 1911.

CATALINA Y SU FAMILIA

Dos días después de la proclamación del Terror el 4 de junio de 1793 en Francia, Pedro Labouré, que había pensado en su adolescencia ser sacerdote y había ido al Seminario, se casó con Luisa Magdalena Gontard de 23 años. Ella vivía en Senailly y en ese lugar pasaron ambos esposos los primeros años de su matrimonio. Tuvieron 17 hijos, de los que sobrevivieron diez. Los cuatro primeros nacieron en Senailly y los otros en Main-les-Moutiers, una aldea de 200 habitantes, perteneciente al pueblo de Moutiers Saint-Jean, de 400 habitantes, donde estaba la iglesia parroquial, que había sido restaurada y embellecida por la familia Labouré. El pueblo pertenecía al departamento de Cote d'Or en el antiguo condado de Borgoña, en Francia.

Catalina nació el 2 de mayo de 1806 en Fain-les-Moutiers. El mismo día fueron a inscribirla en el registro civil y fue firmada, no sólo por su padre, los testigos y el oficial encargado del registro, sino también por su madre, que firmó con su nombre: *Louise Madeleine Gontard, dame Labouré*. Al día siguiente de su nacimiento, recibió el bautismo de manos del padre Jorge Mamer, benedictino exclaustro del monasterio de Moutiers. Le pusieron por nombre Catalina y a este nombre la familia le añadió el de Zoé, gloriosa mártir, cuya fiesta se celebraba el día de su nacimiento. Y Zoé fue el nombre familiar con que se le conoció en el pueblo.

Su madre murió el 9 de octubre de 1815, a los 46 años, cuando Catalina tenía nueve. Su hermana María Antonieta, llamada Tonina, tenía siete y el último de todos, Augusto, tenía seis.

Catalina y Tonina fueron recogidas por su tía Margarita, hermana de su padre, que vivía en Saint Remy. La tía Margarita estaba casada con Antonio Jeanrot, comerciante de vinagre, y tenía dos hijos y cuatro hijas. La tía, dedicada al comercio, había dejado el cuidado de las dos niñas a una niñera y, como su padre las extrañaba y quería tenerlas en casa, las llamó, después de estar dos años con su tía.

Otra razón para llamarlas era que la hija mayor, María Luisa, quería entrar al convento de Langres como religiosa. Lo que hizo en efecto el 22 de julio de 1818, en el noviciado de las hijas de la Caridad de París, después de haber estado tres meses de postulante en Langres.

Catalina, una vez ya en su aldea de Fain-les-Moutiers, con 12 años, hizo su primera comunión y, desde entonces, algunos dicen que se volvió mística, orando más y frecuentando la iglesia parroquial.

Un sacerdote, que conoció a Catalina de niña, escribió sobre ella en enero de 1896: *Recuerdo a las compañeras de su edad con las que se divertía, cuando sus padres la llevaban a la fiesta de Cormarin, a casa de sus primos y primas. Ella no era hermosa, pero era buena y siempre amable y dulce con sus compañeras y con los niños que molestaban, buscando poner paz. Si había algún pobre, ella le daba las golosinas que tenía. En la misa patronal, Catalina rezaba como un ángel y no volvía la cabeza a derecha e izquierda, como hacen otros niños, sino que estaba seria y recogida. En una palabra, era un niña santa que la Virgen preparaba para llenarla de favores y darnos a nosotros la medalla milagrosa*¹.

Una vez que se fue al convento su hermana María Luisa, Catalina, con 12 años, se hizo cargo de las labores de la casa. Al principio tenía la ayuda de una criada, pero a sus 14 años se quedó sola con su hermana Tonina y las cosas fueron mejor que antes. Cuidaba a su hermanito Augusto como una madre, llevaba la comida a los segadores de su padre, que eran doce o catorce, cocinaba, lavaba, sacaba leche a las vacas, recogía los huevos del gallinero, echaba comida a los cerdos, distribuía el forraje al rebaño y lo llevaba al abrevadero, sacaba agua del pozo, hacía el pan en el horno de casa y los jueves iba al mercado de Montbard a unos 15 kilómetros a comprar las cosas necesarias. Cuando llegaba el invierno, mataba uno o dos cerdos y había que preparar el tocino, las morcillas, el jamón, etc. Además cuidaba el palomar donde había setecientas u ochocientas palomas, que, al verla, volaban a su alrededor y algunas se posaban mansamente sobre sus hombros. Según Tonina, *era un espectáculo hermoso ver cómo las atraía*².

Un obrero que trabajó en su casa, manifestó que *un día la vio subida a una mesa, abrazando una imagen de la Virgen*³. Hizo su primera comunión con doce años y comenzó a ayunar los viernes y sábados. Tonina se lo dijo a su padre y éste se lo prohibió.

Se consolaba con asistir a misa los domingos en la iglesia de su aldea, adonde venía un sacerdote de la parroquia de Moutiers. Deseaba ir a misa todos los días y algunos iba durante la semana a la iglesia parroquial y permanecía largo tiempo de rodillas sobre las losas frías en invierno, lo que le ocasionó dolores de rodillas a lo largo de su vida. Pero entre semana le gustaba también ir al hospicio de Moutiers-Saint-Jean, dirigido por las hijas de la Caridad. De esa manera empezó a conocerlas y a desear ser religiosa como ellas y como su hermana María Luisa.

¹ Proceso pp. 231-232.

² Proceso p. 74.

³ Proceso p. 268.

Un día tuvo un sueño. Le pareció estar en la iglesia, en la capilla consagrada a las almas del purgatorio. Un sacerdote muy anciano, de figura respetada, se presentó en la capilla y se revistió de los ornamentos para celebrar la santa misa. Ella asistió, impresionada por la presencia de este sacerdote desconocido. Después de la misa, el sacerdote le hizo una señal para que se acercara, pero ella, temerosa, se retiró hacia atrás sin quitarle la vista. Saliendo de la iglesia, entró en una casa de la aldea para visitar a un enfermo. Allí encontró al anciano sacerdote que le dijo: *Hija mía, está bien cuidar enfermos. Ahora huyes de mí, pero un día serás feliz de venir a mí. Dios tiene sus designios sobre ti, no lo olvides.*

Ella, sorprendida, se alejó y, saliendo de esa casa, le pareció que sus pies no tocaban tierra y, al momento en que entraba en su casa, se despertó, convencida de que todo no era más que un sueño. Ella tenía entonces 18 años. Sabía leer un poco, pero menos escribir. Le pidió a su padre ir a casa de su cuñada, que tenía un colegio en Chatillon, para recibir lecciones y así aprender a leer y escribir bien. Su padre no quería desprenderse de ella y, a duras penas, se lo permitió.

Ella, preocupada por la visión de su sueño, se lo contó al sacerdote de Chatillon y él le respondió que creía que el anciano era san Vicente, que la llamaba a ser hija de la Caridad. Su cuñada la llevó a visitar a las hijas de la Caridad de Chatillon y ella se asombró al ver en el locutorio un retrato perfectamente semejante al sacerdote de su sueño. Preguntó quién era y le aseguraron que era san Vicente de Paúl. Así entendió que él quería ser su padre.

Cuando le manifestó a su padre su deseo de ser religiosa, se opuso. Ya le parecía suficiente haber dado a su hija mayor a san Vicente; y darle otra, que llevaba tan bien las cosas del hogar, le parecía demasiado. Él pensó que, mandándola a París a casa de uno de sus hijos, que tenía un restaurante de obreros, podía hacerle cambiar de opinión y olvidarse de su vocación. Su hermano estaba contento con su labor y deseaba casarla con alguno de los clientes, que se fijaban en ella y le proponían matrimonio, pero su respuesta invariable era decirles que estaba comprometida con Jesús y no quería otro esposo.

Su hermano, que desde hacía un año era viudo, se casó el 3 de febrero de 1829 y ya los servicios de Catalina no eran tan necesarios. Además, dos mujeres para dirigir una casa, era demasiado y ella aprovechó para escribir a su cuñada y a su hermana María Luisa, Superiora de la casa de la hijas de la Caridad de Castelsarrassin. Su hermana le contestó de inmediato y le decía: *Deseo que pases algún tiempo con la cuñada (de Chatillon) como ella misma te ha propuesto para*

que te eduques e instruyas, cosa que a veces hace suma falta. Cuida de aprender el francés algo mejor de lo que se habla en nuestro pueblo. Y aplícate a escribir, a hacer cuentas y, sobre todo, a la piedad, al fervor y al amor de los pobres. Catalina tenía 23 años.

Su cuñada era Juana Gontard, casada con su hermano Humberto, el cual en el ejército había ganado la medalla de Santa Elena. Fue guardia de Corps de Carlos X, teniente y luego capitán de gendarmes y Caballero de la Legión de honor. Murió en 1865 como un valiente.

Su cuñada dirigía en Chatillon un colegio aristocrático frecuentado por la nobleza de la comarca, que estaba instalado en un antiguo convento de carmelitas. Allí fue Catalina a estudiar, pero no se encontró a gusto con aquellas jóvenes mundanas y adelantó poco en los estudios.

No obstante, aprovechaba el tiempo libre para visitar en Chatillon el convento de las hijas de la Caridad, soñando con que un día cercano pudiera ingresar para ser totalmente de Jesús. Allí conoció a sor Victoria de Séjole, quien la apoyó y le pidió a su Superiora que la aceptara de postulante. Ella se comprometió a instruirla en todo lo que debía saber una hija de la Caridad.

Su cuñada viajó a Fain para convencer a su padre, quien al fin le permitió que hiciera lo que quisiera, pero le aseguró que él no le daría dinero para la dote. Entonces su cuñada y su esposo, que era su hermano, aceptaron pagar los 1.500 francos de dote y las religiosas de Chantillon la recibieron allí de postulante. La prueba de querer entrar al convento había sido dura, pero al fin había triunfado. El 22 de enero de 1830 Catalina entró al postulante de Chatillon y el 30 tomó el hábito. Allí pasó tres meses, ayudando a las hermanas en el servicio de los pobres, ya que los jueves y domingos les servían un plato de sopa. Además se dedicaba al estudio y a la oración. A los tres meses la enviaron a la Casa Madre de la calle du Bac de París.

PRIMERA PARTE LAS APARICIONES

APARICIÓN DE SAN VICENTE

Catalina entró en la Casa Madre de París, de la calle du Bac, el 21 de abril de 1830. Era el miércoles antes de la traslación de las reliquias de san Vicente de Paúl, que tuvo lugar el 25 de abril. Hacía varios años que, por motivo de las revoluciones constantes, el cuerpo de san Vicente había sido escondido y en esta oportunidad se presentó a la veneración pública y sus restos fueron trasladados con mucha solemnidad con obispos, sacerdotes y fieles, desde la Casa Madre de las hijas de la Caridad a la iglesia de nuestra Señora, del noviciado de los padres de la Misión (vicentinos) en la calle Sèvres N° 95 de París. Monseñor Quelen, arzobispo de París, estaba muy feliz ese día al ver tanta manifestación de fervor católico por las calles de la ciudad.

Catalina escribió: Llegué a la Casa Madre el 21 de abril de 1830. Era un miércoles antes de la traslación de las reliquias de san Vicente de Paúl. Alegre y dichosa por haber llegado para este gran día de fiesta, me parecía que nada me quedaba que hacer en la tierra.

Yo pedía a san Vicente todas las gracias que a mí me hacían falta y también para las dos familias (de san Vicente, los sacerdotes de la Misión, e hijas de la Caridad) y para Francia entera: me parecía que las necesitaba mucho. En fin, yo rogaba a san Vicente con fe viva que me enseñara lo que debía pedir.

Y cuantas veces volvía de San Lázaro (durante la novena, a que diariamente iban en peregrinación las hermanas) ¡me daba tanta pena! Me figuraba que iba a encontrar de nuevo en la Comunidad (en la casa de la calle Bac) a san Vicente, o al menos su corazón, que se me aparecía cuantas veces volvía de San Lázaro.

Tenía el consuelo de verlo (el corazón) encima del relicario donde estaban expuestas algunas pequeñas reliquias de san Vicente, en la capilla de las hermanas. Se me apareció tres veces distintas en tres días seguidos: blanco, color de carne, cosa que anunciaba la paz, la calma, la inocencia y la unión; y después lo vi rojo de fuego, del que debe encender la caridad en los corazones. Pensaba yo que toda la Comunidad debía renovarse y extenderse hasta los confines del mundo. Y después lo vi rojo negro, lo cual me entristecía el corazón; me daba tanta tristeza que me costaba trabajo superar y no sabía ni por qué, ni cómo se refería esta tristeza al cambio de gobierno.

Uno de los días oí una voz interior que me dijo: “El corazón de san Vicente está profundamente afligido por los grandes males que vendrán sobre Francia”. El último día de la octava vi el mismo corazón de san Vicente y la voz interior me dijo: “El corazón de san Vicente está un poco consolado, porque ha obtenido de Dios por intercesión de la Virgen María que sus dos familias no perezcan en medio de los males y que Dios se servirá de ellas para reanimar la fe”⁴.

APARICIÓN DE JESÚS SACRAMENTADO

Nos dice: También fui favorecida con otra gran merced: Ver a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento como lo vi durante todo el tiempo del noviciado, excepto cuando tenía duda, que entonces, a la vez siguiente, ya no veía nada, porque yo quería profundizar y dudaba del misterio y creía engañarme.

El ver a Jesús sacramentado duró ocho o nueve meses, es decir, todo el tiempo del noviciado; y, como ella misma afirma, revistió carácter excepcional el día 6 de junio de 1830.

El día de la Santísima Trinidad se me apareció nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, como un rey, con la cruz en el pecho, lo que acaeció durante la santa misa. Al Evangelio me pareció que la cruz se caía a los pies de nuestro Señor y me pareció que nuestro Señor era despojado de sus ornamentos; todo cayó por tierra. Allí es donde tuve yo las ideas más negras y más tristes; allí es donde tuve las ideas de que el rey de la tierra estaba perdido y sería despojado de sus vestiduras reales, y de ahí las ideas que tuve —no podré explicarlas— sobre la pérdida que se tramaba.

PRIMERA APARICIÓN

Vino luego la fiesta de san Vicente donde, la víspera, nos hizo nuestra buena Madre Marta una plática sobre la devoción de los santos, en particular sobre la devoción a la santísima Virgen, lo que me dio (tan gran) deseo de ver a la santísima Virgen, que me acosté con el pensamiento de que aquella misma noche vería a mi buena Madre. ¡Hacía tanto tiempo que deseaba verla!... Al cabo me dormí. Como se nos había dado un trozo de tela de un roquete de san

⁴ Proceso pp. 77-78.

Vicente, yo corté la mitad, me la tragué y me dormí, pensando que san Vicente me obtendría la gracia de ver a la santísima Virgen.

Por fin, a las once y media de la noche (del 18 de julio de 1830) oí que me llamaban por mi nombre: “¡Hermana mía, hermana mía, hermana mía!”. Despertándome, miré hacia el lado en que oía la voz, que era el lado del pasillo. Descorro la cortina y veo un niño, vestido de blanco, como de cuatro a cinco años, que me dice: “Ven a la capilla, la santísima Virgen te espera”. En seguida me asaltó la idea: “¡Pero me van a oír!” El niño me responde: “No te preocupes son las once y media, todo el mundo duerme bien; ven, yo te espero”.

Me vestí aprisa y me dirigí hacia el niño que permanecía de pie, sin separarse de la columna de mi lecho. Me siguió, o mejor, le seguí yo a él siempre a mi izquierda, por donde quiera que él iba. Estaban encendidas las luces en todos los sitios por donde íbamos, lo cual me admiró mucho; pero, bastante más sorprendida, al entrar en la capilla, se abrió la puerta apenas la hubo tocado el niño con la punta del dedo. Pero mi sorpresa fue todavía más completa cuando vi encendidas todas las velas y cirios, lo que me recordaba la misa de media noche. Sin embargo, yo no veía a la Virgen.

El niño me llevó al presbiterio al lado del sillón destinado al padre Director, y allí me puse de rodillas; el niño quedó de pie todo el tiempo. Pareciéndome largo el tiempo, miraba por si las guardias (las hermanas encargadas de velar por la noche) pasaban por la tribuna.

Llegó, al fin, la hora. El niño me avisó. Me dijo: “He aquí la Virgen. Aquí está”. Oí como un rumor, como el roce de un vestido de seda, que venía del lado de la tribuna del lado del cuadro de san José, y venía a colocarse (la Virgen) sobre las gradas del altar del lado del Evangelio en un sillón parecido al de santa Ana; sólo que la Virgen no tenía la misma cara que santa Ana. (Alude al cuadro de santa Ana que se ve aún encima de la puerta de la sacristía).

Yo dudaba que fuese la santa Virgen, pero el niño, que estaba allí, me dijo: “Mira la Virgen”. Me sería imposible decir lo que experimenté en aquel instante, lo que pasó dentro de mí, me parecía que no veía a la santa Virgen. Entonces el niño me habló, no como niño, sino como hombre, el más enérgico, y palabras las más enérgicas. Entonces, mirando a la Virgen, me puse de un salto a su lado, de rodillas sobre las gradas del altar, con las manos apoyadas en las rodillas de la santísima Virgen.

Allí pasé unos momentos los más dulces de mi vida. Me sería imposible decir lo que sentí. Ella me dijo cómo debía portarme con mi director, y otras cosas que no debo decir; la manera de portarme en mis penas, y acudir

(mostrándome con la mano izquierda el sagrario) a arrojarme al pie del altar y desahogar allí mi corazón, y allí recibiría todos los consuelos de que tuviese necesidad... Le pregunté por lo que significaban todas las cosas que yo había visto, y ella me lo explicó todo...

Estuve allí no sé cuánto tiempo. Lo único que sé, cuando ella se marchó, que sólo vi algo que se extinguía; en fin, sólo una sombra que se dirigía al lado de la tribuna por el mismo camino por donde había venido.

Me levanté de las gradas del altar y vi al niño donde lo había dejado, el cual me dijo: "Se fue". Tomamos el mismo camino, todo iluminado y constantemente iba el niño a mi izquierda. Creo que este niño era el ángel de mi guarda, que se había hecho visible para hacerme ver a la santísima Virgen, porque yo le había rezado mucho para que él me obtuviese este favor. Estaba vestido de blanco, llevando una luz milagrosa consigo, es decir, estaba resplandeciente de luz, de unos cuatro a cinco años de edad. Vuelta a mi lecho, eran las dos de la madrugada. Oí dar la hora y no me volví a dormir

MENSAJES DE MARÍA

Ella escribió que le dijo la Virgen María: Hija mía, Dios quiere confiarte una misión; te costará trabajo, pero lo vencerás pensando que lo haces para la gloria de Dios. Tú conocerás cuán bueno es Dios. Tendrás que sufrir hasta que se lo digas a tu director. No te faltarán contradicciones, pero te asistirá la gracia; no temas. Háblale con confianza y sencillez, ten confianza, no temas. Verás ciertas cosas, díselas. Recibirás inspiraciones en la oración.

Los tiempos son muy calamitosos. Han de llover males sobre Francia, será volcado el trono, el mundo entero será afligido por desdichas de todas clases (la santísima Virgen estaba muy triste al decir esto), pero ven a los pies de este altar, donde se prodigarán gracias a todos los que las pidan con confianza y fervor, a todos, grandes y pequeños.

Hija mía, deseo conceder mis gracias en particular a esta Comunidad, a la que amo mucho. Tengo pena, hay en ella grandes almas: no se observa la Regla; deja que desear la regularidad; en las dos Comunidades hay gran relajación; dile al que está encargado de ti, aunque no sea el Superior, que él debe hacer todo lo posible para poner la Regla en vigor; dile de mi parte que vigile sobre las malas lecturas, la pérdida de tiempo y las visitas...

Cuando vuelva a ser puesta en vigor la Regla, habrá una Comunidad que vendrá a unirse a la vuestra. Esto no es costumbre, pero yo lo deseo... di que se la reciba. Dios la bendecirá y ellas gozarán aquí de una grande paz ⁵. La Comunidad se hará grande.

Llegarán grandes males. Grande será el peligro, pero no temas. Dios y san Vicente protegerán la Comunidad... (la santísima Virgen estaba continuamente triste). Entonces yo misma estaré contigo. Siempre he velado por ti. Te concederé muchas gracias... Vendrá un momento en que el peligro será grande, se creará todo perdido. Entonces yo estaré contigo, ten confianza. Reconocerás mi visita y la protección de Dios y de san Vicente sobre las dos Comunidades...

No será lo mismo en otras Comunidades. En ellas habrá víctimas... (al decirme esto la Virgen santísima tenía las lágrimas en los ojos). En cuanto al clero de París, también tendrá víctimas... Morirá el señor arzobispo. Hija mía, será despreciada la cruz, correrá la sangre por las calles (aquí la Virgen no podía hablar, se veía la pena en su semblante). Hija mía, el mundo entero se entristecerá.

A estas palabras, pensaba yo: ¿Cuándo será esto?”. Lo comprendí muy bien: cuarenta años. A este propósito me preguntó el padre Aladel: “¿Sabes si tú y yo lo veremos?”. Le respondí: “Si nosotros no lo vemos, otros lo verán”.

Tales son las palabras mismas de sor Catalina Labouré acerca de su inefable plática con la santísima Virgen durante la noche del 18 al 19 de julio de 1830.

⁵ Esto sucedió en 1850, cuando se realizó esta predicción; entraron dos comunidades en la familia de san Vicente; la de las hermanas de la Caridad, fundada por Elisabeth-Ann Seton (que llegará a ser la primera santa canonizada de los Estados Unidos) y la de las hermanas de la Caridad de Austria, fundada por Leopoldo de Brandis.

REVOLUCIÓN DE 1830

Cuando la Virgen le habla de 40 años, se refiere al año 1870, año de la guerra con Prusia, de la derrota y de la toma del poder por los comuneros anticlericales, que querían hacer desaparecer a Dios, la religión y todas las personas y objetos sagrados. Pero antes vendría otra revolución ese mismo año 1830.

El 27 de julio de 1830, ocho días después de la primera aparición de la Virgen, estalló una formidable revolución. Muchas iglesias fueron profanadas, echadas por tierra las cruces, devastadas e incendiadas las casas religiosas; perseguidos y maltratados los sacerdotes; el mismo arzobispo de París tuvo que esconderse. Parecían repetirse los tristes días del Terror de 1793. Sor Catalina aseguró al Padre Aladel que los vicentinos y las hijas de la Caridad no sufrirían daños.

Uno de los días la sierva de Dios fue con una compañera al cementerio del padre Lachaise, que domina París, y se sintió asustada por el pensamiento de los incendios que consumirían una parte de la capital (como así sucedió) ⁶.

El padre Chinchon refiere: *En un momento dado de la revolución de julio, la casa de Enghien fue asaltada por los comuneros. Las hermanas se refugiaron en la sala de la Comunidad del segundo piso, llevando consigo la Eucaristía. Desde ese lugar oían a los comuneros que algunos querían entrar en la sala de las hermanas, pero uno de ellos se oponía; y no les pasó nada. En esos días sor Catalina se mostró muy valiente ante sus hermanas, asegurándoles que no les harían daño y que la santísima Virgen las protegería ⁷.*

Otro día se presentó en la calle Sèvres una pandilla de jóvenes, a cuyo frente iba un niño de 12 a 14 años que él solo hacía más ruido que los demás, gritando y asegurando que había visto entrar armas.

El buen padre Salhorgne, Superior general, que había ido a recibirlos, sin disfraz alguno, con su sotana, de que jamás se había desprendido, habló con el muchacho, diciéndole que aquello era falso, pues en la casa no había entrado arma alguna. No logrando hacerle callar, le preguntó: “Bueno, hijo mío: ¿quieres ver mis armas?”. “Sí, señor, muéstrelas”. Y el padre entonces le presentó su breviario, que llevaba consigo. Lo miró el muchacho, y agregó el padre: “¿Quieres ver las balas que uso?”. Y abriendo el breviario le enseñó las estampas que servían de registros. “¡Oh, señor cura, estampas”, exclamó el

⁶ Proceso p. 220.

⁷ Proceso p. 221.

pobre chico lleno de alegría. “¿Quieres una?”. “Sí, señor”, contestó él. Y cogiéndola se fue con aire de triunfo, seguido de toda la pandilla ⁸.

Los desventurados volvieron al día siguiente para derribar la cruz que preside el frontispicio de la casa, pero la energía de nuestro padre Esteban, dice sor Pineau, les hizo alejarse prontamente y, desde ese día, no ocurrió nada más y nadie volvió a perturbar la tranquilidad de los misioneros ⁹.

Según testimonio del mismo padre Esteban: “La joven hermana del noviciado (sor Catalina) lo había predicho a su confesor”. Sor Catalina había dicho también al padre Aladel “que un obispo iría a San Lázaro a pedir refugio, que se le podía recibir sin temor y que allí estaría seguro”. En efecto, el padre Aladel, que no hacía gran caso de las revelaciones de Catalina, regresaba triste un día de la calle du Bac a la de Sèvres, cuando he aquí que al llegar a San Lázaro le dijo el padre Salhorgne que “Monseñor Frayssinous, obispo de Hermopolis y ministro de cultos de Carlos X, acababa de suplicarle que le diera asilo”. Temiendo el padre que allí no habría seguridad, puso algunos reparos a la demanda de Monseñor Frayssinous, y éste se había retirado a Saint Germain en Laye. Como observa sor Pineau, a quien debemos esta noticia, la revelación en cuestión tenía un sello de verdad que difícilmente dejaría de reconocerse ¹⁰.

SEGUNDA APARICIÓN

El 27 de noviembre de 1830, que era el sábado anterior al primer domingo de Adviento, después del punto de la meditación (a las 5 p.m.) me pareció oír ruido del lado de la tribuna, al lado del cuadro de San José, como el crujido de un traje de seda.

Habiendo mirado yo hacia esta parte, vi a la Virgen a la altura del cuadro de san José. La Virgen estaba en pie, vestida de blanco, con un traje de seda blanco aurora, mangas lisas, un velo blanco que caía hasta abajo; a través del velo vi sus cabellos y encima un encaje como de tres centímetros de ancho, sin pliegues, es decir, ligeramente apoyado sobre los cabellos; el rostro bastante descubierto; los pies apoyados en una esfera, es decir, en media esfera, o al menos a mí me pareció sólo la mitad, y además teniendo en las manos una esfera que representaba el globo; tenía ella las manos levantadas a la altura del pecho de una manera muy natural; los ojos levantados al cielo... Allí su rostro era de toda belleza; yo no podría expresarlo.

⁸ Proceso p. 56.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Proceso pp. 212-213.

Y luego, de pronto advertí en sus dedos, anillos cubiertos de piedras preciosas, unas más bellas que otras, unas más grandes y otras más chicas, que lanzaban rayos de luz, unos más bellos que otros; estos rayos salían de las piedras; las más grandes (despedían) los rayos más grandes que se alargaban sin cesar, y las más pequeñas, los más pequeños, y alargándose sin cesar hacia abajo llenaban todo lo bajo y yo no veía sus pies...

En ese momento en que yo estaba contemplándola, bajó los ojos la santísima Virgen mirándome, dejó oír su voz y me dijo estas palabras: “Esta esfera que ves representa al mundo entero, particularmente a Francia... y a cada persona en particular...”. Aquí ya no sé expresarme sobre lo que sentí y lo que vi, la hermosura y el resplandor de rayos tan hermosos... “Es el símbolo de las gracias que derramo sobre los que me las piden”, haciéndome comprender cuán grato es rogar a la Virgen y cuán generosa era ella con las personas que le ruegan, cuántas gracias concede a las personas que se las piden y cuánto gozo experimenta al concederlas...

En este momento, se formó un cuadro alrededor de la Virgen, un poco ovalado, donde había, en lo alto del cuadro, estas palabras: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos”, escritas en letras de oro. Entonces se dejó oír una voz que me dijo: “Haz acuñar una medalla según este modelo; todas las personas que la lleven recibirán grandes gracias, llevándola al cuello, las gracias serás abundantes para las personas que la lleven con confianza...”.

Al punto me pareció que el cuadro se daba la vuelta, y yo vi el reverso de la medalla. Inquieta por no saber lo que había que poner en el reverso de la medalla, un día, durante la meditación, me pareció oír una voz que me decía: “La M y los dos corazones dicen bastante”.

Sor Catalina aclaró algunos detalles: Los anillos de las manos eran en número de tres en cada dedo; el más grueso junto a la mano; uno de tamaño mediano en el medio y uno más pequeño en la extremidad. Cada anillo estaba cubierto de piedras preciosas de tamaño proporcionado. La jaculatoria: “Oh María, sin pecado concebida” formaba un semicírculo, comenzando a la altura de la mano derecha, pasando por encima de la cabeza de la Virgen y terminando a la altura de la mano izquierda. Por último, en el reverso del cuadro vio Catalina el monograma de la Virgen formado por una M coronada de una cruz y con una barra en la base, y debajo de dicha letra M, los dos Corazones de Jesús y de María, que ella distinguió, porque uno estaba rodeado de una corona de espinas y el otro traspasado por un puñal. Por lo que hace a las doce estrellas,

que han figurado siempre en el reverso de la medalla milagrosa, esta particularidad fue dada de viva voz por la hermana después de las apariciones.

TERCERA APARICIÓN

Pensando siempre en la santa Virgen, me parecía que volvería a verla y vivía con esta esperanza. Un día (de diciembre de 1830) a las cinco y media de la tarde, después del punto de meditación, en profundo silencio, me pareció oír, de pronto, un ruido como el crujido de un vestido de seda que venía del lado del altar.

Vi a la Virgen cerca y detrás del sagrario. Estaba vestida de blanco, de estatura mediana, teniendo bajo sus pies una esfera blanca; su traje era de seda blanco aurora, su vestido era alto; su cabeza estaba cubierta con un velo blanco que caía por cada lado hasta los pies. El rostro muy descubierto, era tan bello que me sería imposible describir su belleza arrebatadora. Las manos levantadas a la altura del pecho con mucha naturalidad, teniendo una esfera que representaba el globo, rematada por una pequeña cruz de oro. De pronto, se le adornaron los dedos con anillos y piedras preciosas de muy grande brillo. Los rayos de luz que de ellos salían irradiaban en todas direcciones, lo que inundaba la parte baja de modo que no se veían los pies de la Virgen. Las piedras más gruesas despedían rayos mayores, y las más pequeñas, más pequeños. Deciros lo que yo sentí en el momento en que la Virgen ofrecía el globo a nuestro Señor, es imposible...

Mientras yo estaba ocupada en contemplar a la Virgen, se dejó oír en el fondo de mi corazón una voz que me dijo: “Estos rayos son el símbolo de las gracias que la santísima Virgen alcanza para los que se las piden”.

Las piedras preciosas de las que no sale nada, son las gracias que se olvidan de pedirme. ¡Oh! qué hermoso será oír decir: “María es la Reina del Universo, particularmente de Francia”; y los niños exclamarán: “y de cada persona en particular”, con alegría y exaltación. Será ese tiempo de paz, de gozo y de ventura que será largo. Ella será llevada triunfalmente y dará la vuelta al mundo.

Al finalizar la tercera aparición, la Virgen dijo a Catalina: En adelante ya no verás más, hija mía, pero oirás mi voz en la oración. La Virgen se quejó de que se descuidara la acuñación de la medalla y, al decirle Catalina que el padre Aladel no le creía, dijo: Estáte tranquila, vendrá un día en que él hará lo que yo deseo. Es mi siervo y temerá disgustarme.

Observemos algunos detalles: La Virgen era de mediana estatura, el velo de color blanco aurora le cubría la cabeza y bajaba por ambos lados hasta los pies; en los cabellos tenía una especie de cofia que terminaba en un encaje como de dos dedos de ancho. Tenía bajo sus pies una esfera blanca; los ojos unas veces miraban al cielo y otras los tenía bajos; la voz de la Virgen se hacía oír en el fondo del corazón. También había una serpiente a sus pies de color verdoso con pintas amarillas. Las manos estaban a cierta altura, sosteniendo el globo de la tierra, pero en un momento desapareció y sus brazos quedaron extendidos en la forma de la medalla milagrosa. Los anillos luminosos de las manos eran tres en cada dedo y cada anillo estaba cubierto de piedras preciosas. La jaculatoria: *Oh María, sin pecado concebida*, formaba un semicírculo comenzando a la altura de la mano derecha, pasando por encima de la cabeza de la Virgen y terminando a la altura de la mano izquierda.

La Virgen se quejó del poco fervor con que se rezaba el rosario. En 1856 el padre Aladel le mandó que escribiera los acontecimientos sobrenaturales que había tenido en 1830. Ella obedeció con repugnancia y comenzó refiriendo la visión del corazón de san Vicente y después las apariciones de la Virgen. En 1876 escribió de nuevo por obediencia una relación de las apariciones. Otra copia fue encontrada después de su muerte entre sus papeles. Estos tres escritos concuerdan perfectamente y sólo difieren en algunos detalles, lo que indica que no se copian unos a otros.

El padre Aladel le escribió al padre Guillou: *A fines del año 1830 la hermana N..., novicia en una Comunidad de París consagrada al servicio de los pobres, creyó ver durante la oración, y como en un cuadro, a la santísima Virgen tal y como se representa de ordinario bajo el título de la Inmaculada Concepción, de pie y con los brazos tendidos, y de cuyas manos salían en forma de haz, rayos de resplandor maravilloso, y oyó estas palabras: "Estos rayos son el símbolo de las gracias que María obtiene para los hombres". Alrededor de la imagen leyó esta corta invocación escrita en caracteres de oro: "¡Oh María, sin pecado concebida! rogad por nosotros que recurrimos a Vos". Después de haberlo estado mirando por algunos momentos, volvióse el cuadro, y en su reverso vio ella la letra M coronada por una cruz y, debajo, los Sagrados Corazones de Jesús y de María. De nuevo se dejó oír entonces la voz que le dijo: "Hay que hacer acuñar una medalla según este modelo y los que la lleven bendita y hagan con piedad esta corta plegaria, gozarán de una singular protección de la Madre de Dios".*

Dicha novicia me lo refirió todo en seguida, pero yo le confieso a V. que lo tomé como pura ilusión de su imaginación piadosa, y me limité a decirle algunas palabras sobre la devoción a María, haciéndole notar que la imitación de sus virtudes era el mejor modo de honrarla y de asegurarse su protección.

Retiróse ella sin volver a ocuparse de lo que había visto. Seis meses después, tuvo idéntica visión y, habiéndomela referido, yo opiné como la primera vez y la traté a ella del mismo modo. En fin, después de otro intervalo igual, de seis meses, vio y oyó por tercera vez las mismas cosas, pero entonces le dijo además la voz que la santísima Virgen no estaba contenta de que se descuidara así la acuñación de la medalla. En esta ocasión no dejé de dar importancia al asunto, aunque no lo manifesté así, y me entró cierto temor de disgustar a la que con justo título llama la Iglesia: “Refugio de los pecadores”.

LA MEDALLA MILAGROSA

El 30 de junio de 1832 fueron acuñadas dos mil medallas y el padre Aladel le envió algunas al arzobispo, que quiso probar de inmediato la eficacia de la medalla. Estaba preocupado por el estado espiritual de un obispo constitucional, que había juramentado según las leyes del Estado en contra de la Iglesia. Era Monseñor Pradt, antiguo obispo de Malinas, que estaba casi moribundo. Además, su muerte podía causar escándalo y desórdenes, como había sucedido con el entierro del obispo constitucional Gregorio. Así pues, fue a visitar al enfermo. La primera vez le rehusaron la entrada, pero el enfermo envió sus excusas y le pidió que viniera a verlo. En esta segunda visita, el enfermo se arrepintió de sus errores y, después de recibir los últimos sacramentos, murió esa misma noche en los brazos del arzobispo, quien quedó lleno de alegría por el efecto de la medalla que le había podido colocar en el pecho.

En marzo de 1832 se desató el cólera en París en pleno carnaval. En total hubo unas 18.400 defunciones oficiales, pero en realidad fueron más de 20.000. Monseñor Quelen, arzobispo de París, se enteró de la epidemia en su retiro, en que estaba oculto, pues un motín popular lo había expulsado de su obispado el 15 de enero de 1831. Inmediatamente volvió para consolar al pueblo que sufría, visitando los hospitales. Este gesto del prelado aplacó a los revoltosos y, a petición del arzobispo, el padre Esteban abrió la casa de San Lázaro para el cuidado de los enfermos del cólera. A fines de mayo, la epidemia parecía retroceder, pero a finales de junio volvió a recrudecer y volvió el pánico. El fabricante de las medallas entregó las primeras 1.500 medallas el 30 de junio. A primeros de julio de 1832 le entregaron a Catalina la primera medalla y dijo: *Ahora hay que propagarla.*

Las medallas se distribuyeron primero en la región de París por las hijas de la Caridad entre los enfermos del cólera y hubo muchas curaciones y conversiones. Pronto comenzó a llamarse *medalla milagrosa*. En dos años en la región de París y Lyon se habían vendido ocho millones de medallas.

En 1839 la medalla había sido distribuida en el mundo entero y se contaban milagros desde China a Abisinia, Rusia, Estados Unidos, etc. Para 1842 ya se habían distribuido más de 68 millones de medallas. Eran varios los orfebres que las fabricaban, porque el primer fabricante, el señor Vachette, no se daba abasto para atender las solicitudes de Francia y del mundo entero.

El padre Aladel ante estas manifestaciones multitudinarias acerca de la medalla, se emocionaba y se decidió a publicar una pequeña *Notice* (noticia) o folleto sobre el origen de la medalla y responder así a las preguntas que le dirigían y, a la vez, publicar los hechos más resaltantes y milagros que habían sucedido con el uso de la medalla. En seis ediciones sacó un total de 110.000 ejemplares en dos años. En él se refieren más de 100 curaciones y 40 conversiones realizadas por medio de la medalla.

La medalla, repartida por millones en el mundo entero, contribuyó a popularizar la creencia en la Inmaculada Concepción y a preparar la definición dogmática, además de obrar innumerables conversiones y curaciones, especialmente la conversión de Alfonso de Ratisbona.

NOTICIA HISTÓRICA

El padre Guillou escribió en 1834 en la *Noticia histórica* sobre el origen de la medalla: *Como al presente, en París sobre todo, se habla mucho de una medalla milagrosa de la Virgen santísima, y aun se citan multitud de prodigios obrados, tanto en la capital como en las provincias donde profusamente se ha extendido, en favor de los que la llevaban con fe y confianza en María; después de haberme asegurado yo, por mí mismo y con sumo cuidado, del origen de la medalla y de los prodigios más notables que con ella se relacionan, creo poder complacer a los fieles haciéndoles participantes del fruto de mis investigaciones. Al conocerlo, se sentirán indudablemente edificados y consolados y movidos a arrojarse con nuevo fervor en los brazos de Aquella que parece tenderlos hacia nosotros deseosa de vencer nuestra ingratitud con sus beneficios. Esta medalla que representa, por un lado, a la Inmaculada Concepción y, por el otro, la letra M coronada por una cruz y, debajo, los Sagrados Corazones de Jesús y de María, ha sido revelada a una piadosa joven consagrada en una Comunidad de París.*

He aquí, ante todo, un extracto de la carta que me envió el respetable sacerdote que dirigía a esa buena religiosa y con el cual he tenido la honra de hablar largamente sobre las diversas circunstancias de la revelación de la medalla y sobre las maravillosas conversiones y curaciones que poderosísimamente la recomiendan a la piedad. No podía yo beber en mejor

fuelle, y cúpleme, por lo demás, dar aquí testimonio de mi profundo reconocimiento a tan digno eclesiástico que con no menor prontitud que benevolencia me ha comunicado todo lo que, según sus propias palabras, creía él que podía redundar en honra de la santísima Virgen.

El relato tuvo una tirada de 10.000 ejemplares y se agotó en dos meses. La segunda tirada de 15.000 ejemplares se agotó en menos de un mes. La tercera tirada fue de 37.000 números y así sucesivamente.

COMISIÓN INVESTIGADORA

Carlos Chevalier certifica: *En 1836 el padre Aladel, de acuerdo con el padre Esteban obtuvo del obispo un reconocimiento canónico de la medalla milagrosa. A este efecto el 11 de febrero se dirigieron al arzobispo para suplicarle que hiciera una encuesta sobre el origen, carácter y efectos de la medalla milagrosa. Esta encuesta fue hecha por orden del arzobispo bajo la dirección del padre Quentin, canónigo de la iglesia metropolitana, Vicario general y promotor de la diócesis. Comenzó el 16 de febrero de 1836. Primero fue interrogado el padre Aladel, lamentando que no se pudiera hablar personalmente con la hermana, que no quería darse a conocer. La encuesta terminó el 13 de julio de ese mismo año. Entre los interrogados estuvo el padre Esteban, procurador general de los vicentinos, y muchas hijas de la Caridad, incluyendo personas seglares. El resultado favorable de la encuesta fue presentado al arzobispo, aunque no hubo ninguna declaración oficial de la autoridad eclesiástica*¹¹.

Las conclusiones de la Comisión fueron estas: *Habiéndose examinado detenidamente y discutido todo lo relativo a la realidad de la visión y sobre la fidelidad de la relación que de ella se ha hecho, a fin de averiguar si podía prestarse cumplida fe tanto a la una como a la otra:*

La Comisión opina que la visión no ha podido ser imaginaria ni fantástica, ni tampoco efecto de un sueño o de una mente exaltada. Se ha igualmente comprobado, que no ha podido intervenir en las declaraciones de la vidente, ningún sentimiento de orgullo, de vanidad, amor propio o ambición, ni de ningún otro humano interés, dada la oscuridad absoluta en que la hermana favorecida ha querido permanecer. Los efectos maravillosos atribuidos a la medalla, que nos han sido presentados y discutidos, corroboran la opinión emitida sobre su origen sobrenatural, y dada la extraordinaria rapidez con que se ha propagado, y las gracias señaladas que por ella han alcanzado los fieles,

¹¹ Proceso p. 202.

*parece como que el cielo ha querido confirmar la realidad de la visión y la verdad de la relación que de ella se ha hecho, aprobando así la acuñación y la propagación de la susodicha medalla*¹².

HOSPICIO DE ENGHIEU

Después de estar casi un año en la Casa Madre, sor Marta entregó su informe que dice sobre Catalina: Fuerte, estatura mediana. Sabe leer y escribir para ella, parece de buen carácter. Ingenio y juicio poco brillantes. Suficientes recursos, piadosa. Se esfuerza en la perfección.

Fue destinada al hospicio de Enghien, adonde llegó en febrero de 1831, a 5 kilómetros de la Casa Madre. Tenía 24 años y allí vivirá unos 46 años más. La destinan a la cocina. La cocinera titular es sor Vincent de 35 años que le gusta mucho ahorrar y Catalina prefiere ser espléndida, no le gustan las restricciones. El padre Aladel le aconseja que tenga paciencia y tolere a su compañera, jefa de cocina. La nombran responsable del gallinero y cultiva el huerto; en esto, como campesina, está en sus dominios. Hay millares de gallinas y palomas y cuida también de dos o tres vacas, de los cerdos y conejos. Y desde 1861 también del caballo. A veces atendía en el comedor y en la portería, sobre todo dando algo a los pobres. Era trabajo pesado, pero le gustaba.

También fue destinada a la lavandería y a cuidar a los ancianitos. A ellos los cuidó durante 40 años, renunciando a los paseos para atenderlos mejor y cuidando de darles todos los consuelos y cuidados a su alcance. Los preparaba para recibir los últimos sacramentos y ninguno murió sin estar reconciliado con Dios; y muchos con una santa muerte, solicitando que se celebraran muchas misas por ellos después de su muerte.

También a veces, cuidaba a los niños del orfanato. Se hizo querer de ellos, que la rodeaban, y ella los acariciaba con la más dulce y hermosa de sus sonrisas.

El 3 de mayo de 1835 hizo sus votos en la capilla de Enghien, diciendo: *Yo Catalina Labouré, en presencia de Dios y de toda la corte celestial, renuevo mis promesas y hago voto a Dios de pobreza, castidad y obediencia, y de trabajar en el servicio corporal y espiritual de los pobres enfermos, nuestros verdaderos amos, en la Compañía de las hijas de la Caridad. Así lo pido por los méritos de Jesucristo crucificado y la intercesión de la santísima Virgen.*

¹² Encuesta canónica, Informe del promotor, p. 30, 1836.

Aquí se observa el cuarto voto que hacen las hijas de la Caridad: Servir corporal y espiritualmente a los pobres. Catalina se sentía feliz de oír los milagros realizados por medio de la medalla. Solamente, de vez en cuando, le mandaba avisos al padre Aladel para que erigiera un altar conmemorativo de las apariciones, diciéndole que muchas gracias e indulgencias serían concedidas y que todo ello sería en beneficio suyo y de la Comunidad. Él, por su parte, como simple capellán, callaba y esperaba tiempos más propicios.

Algunos años después, el padre Esteban, su gran amigo, fue elegido Superior general de los vicentinos y él fue elegido asistente de la Congregación y director de las hermanas. En ese momento, los dos forjaron un proyecto para erigir a María Inmaculada un altar más digno. La providencia vino en su ayuda, ya que el gobierno donó a la Comunidad dos magníficos bloques de mármol blanco en agradecimiento por las atenciones brindadas por las hermanas a los enfermos del cólera y a los huérfanos. Un bloque de mármol fue destinado para el altar y el otro para la imagen de la Inmaculada. Esto se realizó en 1880 al celebrar los 50 años de las apariciones.

Por otra parte, la Congregación de las hermanas aumentaba más cada día por las abundantes vocaciones. La capilla quedaba pequeña. Para agrandarla, el arquitecto tuvo que respetar el lugar de la aparición en su integridad primitiva. Por otra parte, sor Catalina le manifestó al padre Aladel que la Virgen María deseaba que él fundara una Congregación de hijas de María, de la que él sería el Superior. La Virgen concedería muchas gracias a través de esta Congregación (no de religiosas, sino de mujeres laicas). El padre Aladel publicó un Manual de las hijas de María en 1848. En 10 años publicó 25.000 ejemplares.

SEGUNDA PARTE LOS ÚLTIMOS AÑOS

LA GUERRA

El 19 de julio de 1870 el emperador de Francia declaró la guerra a Prusia. Durante esta guerra de 1870 todas las hermanas estaban temerosas. La prensa anunciaba victorias cuando en realidad eran derrotas. La hermana Catalina estaba encargada de una sala del hospicio donde estaban militares heridos. Una compañera tuvo la inspiración de hacer rezar a las niñas mayores 63 veces el *Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos* para obtener la victoria sobre los prusianos. Sor Catalina iba todos los días a acompañarlas a rezar el rosario. Cuando en este tiempo anunciaban una pretendida victoria, ella sonreía incrédula, porque sabía que era lo contrario. Y dijo: *Los prusianos entrarán en París*. Alguna hermana le dijo que era ave de mal agüero y ella suspiró profundamente.

Esos días ordenaron a todos los heridos recuperados del hospicio que tomaran las armas para defender París. Sor Catalina estaba conmovida y les daba a los soldados una medalla milagrosa, asegurándoles que rezaría por ellos. ¡Qué desgarrador para ella verlos partir sin volverlos a ver! Ella insistió a alguna hermana: *Los prusianos entrarán en París, pero no tengan miedo, la Virgen nos protegerá*. Y se puso a sollozar. Otras también lloraron juntas. Después, con algunas hermanas, fueron a la ventana para ver desfilar a los soldados, que parecían tristes. Catalina anotó: *Habrá víctimas entre ellos, no todos regresarán. Vamos a rezar por ellos*¹³.

El 2 de septiembre los franceses son derrotados en Sedán. Los prusianos se acercan a París. Las hermanas de las 30 casas de los suburbios de París se refugian en la Casa Madre de la calle du Bac. Allí acude mucha gente a pedir comida y hay días que reparten 1.200 comidas. El 18 de septiembre los prusianos ponen sitio a París. Las hermanas confían en la protección de la Virgen y ponen la medalla en las puertas y ventanas. Una hermana dice: *Conviene disimularlas* (los prusianos eran mayoritariamente protestantes), pero sor Catalina responde: *No, pongámoslas en el centro del portón*.

Los prusianos entran en París y se firma una paz humillante. La Virgen había pedido oraciones el 17 de enero de 1871. Se había aparecido en el pueblo francés de Pontmain a cuatro niños. Ella tomó el crucifijo ensangrentado con la sangre de su divino Hijo y lo sostuvo con ambas manos, como sostiene el sacerdote la hostia santa, y lo mostró a Francia, como si quisiera decir a todos

¹³ Proceso, pp. 147-148.

que era un pueblo infiel, y que miraran a Jesucristo, en quien estaba su salvación. La Virgen les pidió a los niños rezar. Según el testimonio del niño José Barbedette, que después fue sacerdote y religioso, las manos de la Virgen estaban tendidas hacia abajo como en la medalla milagrosa. En otro momento desapareció el crucifijo ensangrentado y las manos de la Virgen, que tenía elevadas, volvieron a caer y tomar su posición primera, abriéndose como en la medalla milagrosa. Y el 28 de enero se firmó el armisticio de paz.

El día 17 de enero de 1871, día de la aparición de Pontmain, algunas hermanas habían encontrado a Catalina en el jardín mirando al cielo. Ella miraba fijamente hacia el oeste. Parecía seria y recogida. Una compañera le preguntó qué veía. Respondió que era la primera vez que veía el cielo así. Algunos días después, una compañera recibió una carta en la que le decía que la Virgen María se había aparecido a unos niños en Pontmain, asegurando que su Hijo se dejaría ablandar. *Ese día se detuvo el avance prusiano, rechazados por una fuerza invisible*¹⁴.

LA COMUNA

Después del armisticio con los prusianos, sor Catalina, ante una prevista guerra civil para tomar el poder, anunció: *Tendremos guerra con muchos muertos. ¡Cuánta sangre, cuántas madres llorarán a sus hijos! ¡Los hijos lucharán contra sus padres! ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre! Alguien le preguntó: “¿Cómo lo sabes?”. “Yo lo sé”, respondió, sin querer responder más. Y se puso a sollozar*¹⁵.

Sus predicciones no tardaron en cumplirse. La víspera de san José, el 18 de marzo, la Comuna tomó el poder y una terrible guerra civil se desató. En París hubo una tremenda matanza y las hermanas fueron obligadas a salir de París. La Superiora, Madre Dufès, tuvo que huir a Versalles, pero sor Catalina le manifestó antes de salir: *Esté tranquila, a su regreso todas las cosas estarán en su lugar. La Virgen ha venido, ha pasado por la sala de la Comunidad, ha entrado en su oficina y se ha sentado en su silla. De hecho, al regresar, a fin de mayo, encontró la casa intacta.*

Los comuneros anticlericales asesinaban por doquier. Iban contra Dios, contra los sacerdotes y contra todas las cosas sagradas. Un día se presentaron en Enghien y dijeron que al día siguiente tendría lugar una batalla y querían una medalla. Sor Catalina, que siempre tenía alguna, les dio una a cada uno.

¹⁴ Proceso pp. 149-150,

¹⁵ Proceso p. 151.

Alguien le dijo a uno de ellos: *“Pero tú no crees, ¿para qué quieres una medalla, si no crees ni en Dios, ni en el diablo, ni en el cielo, ni en el infierno?”*. *“Sí, es cierto, pero mañana vamos a luchar y la medalla nos protegerá”*.

Una tarde dos rebeldes de la Comuna preguntaron por sor Catalina. Uno de ellos como amenazando, puso su revólver bajo la garganta de una hermana. Otra le dijo: “Meta su revólver, yo se la voy a traer, si me asegura que no le van a hacer ningún daño”.

- La vamos a llevar a Reully. El ciudadano Felipe pide que vaya, pero no le hará ningún daño y yo mismo la devolveré.

- Ahí está, guardad las armas, yo cuento con vuestra palabra.

Sor Catalina los siguió sin dificultad, asegurando que no le pasaría nada y encomendándonos que rezáramos. Las hermanas se pusieron de rodillas y rezaron, temiendo que en cualquier momento se oyera un disparo. Después de dos horas, ella regresó acompañada de los dos comuneros, que la cuidaron durante el trayecto¹⁶.

El domingo hacia las 6 p.m., salieron a Saint Denis todas las hermanas de la Casa. Al día siguiente cada una se fue por su cuenta. Sólo quedó en Casa sor Catalina y su compañera, pero también tuvieron que ir a Ballainvilliers. En la Casa no quedó ninguna religiosa. Era ya el mes de mayo, mes de María. El 24 de mayo asesinaron al arzobispo de París, Monseñor Darboy, en la prisión de la Roquette. Esta noticia se conoció en París el 28 de mayo.

Algunas hermanas temían que les hicieran algo y que incendiaran su Casa como habían incendiado otras casas religiosas e iglesias, pero Catalina les aseguraba que la Virgen había prometido que protegería sus Casas y a las hermanas.

El 30 de mayo las tropas de Mac-Mahon entraron en París y desalojaron a los comuneros. Catalina les dijo: *Ya les decía yo, para ellos ha sido el fin por haber tocado a Nuestra Señora de las Victorias. El lunes 30 todas regresaron a París para terminar el mes de mayo¹⁷.*

El 31 de mayo de 1870 estaban ya en Enghien. La casa estaba en desorden, pero los destrozos eran mínimos. Catalina, que al irse se llevó la corona de la Virgen de la capilla, se la volvió a poner a la Virgen. La imagen del

¹⁶ Proceso pp. 152-153.

¹⁷ Proceso pp. 153-156.

jardín tenía una tela roja y estaba maltratada, quizás la hicieron caer. La Virgen había cumplido su palabra. Catalina se lo había manifestado a la Superiora sor Dufès: La Virgen le había dicho: *Yo guardaré la casa. Volveréis antes de que acabe el mes de María.* Ambas familias vicentinas, de hombres y mujeres, habían sido increíblemente protegidas y, al regresar sanos y salvos, cantaban mil historias por las que estaban agradecidos.

En la casa de Reuilly quedaron heridos unas 30 comuneros, que se habían instalado en el dormitorio de los huérfanos. La encargada, sor Mauche, vio aquellos rostros hostiles y desconfiados de anticlericales y acudió a sor Catalina para que le diera medallas. Esperó dos días para encontrar el momento favorable, porque no quería provocar la ira de aquellos blasfemos. Y una tarde les dijo:

- *Amigos, quiero pedirles un favor.*
- *¿Qué quiere usted?*
- *Permiso para rezar una oración.*
- *Récela.*

La hermana rezó un padrenuestro y estalló en sollozos. No se atrevió a darles la medalla, pero en la noche fue dejando la medalla en cada almohada. Por la mañana, cuando regresó de la misa, todos se la habían colgado al cuello y le daban las gracias.

A las 7 a.m. vinieron unos coches y se los llevaron a Versalles. Todos fueron ejecutados. Eran los vencidos de la revuelta. El ejército versallés había perdido 877 hombres y fusiló a 20.000 por las calles durante una semana sangrienta (21-28 de mayo de 1871). La vida se normalizó y Catalina volvió a cuidar de sus ancianos¹⁸.

Poco después de lo que antecede, Catalina tuvo un sueño que le contó a su sobrina María Antonieta: *Acababa de morirme e iba al cielo en donde entraba por una puerta muy brillante. Me encontré allí primero con mi padre, luego con mi hermano más joven, Augusto; luego con tu madre. Le dije a mi padre: “¿No está aquí María Luisa? Y mi padre me contestó: “No, no está aquí. La estamos esperando”*¹⁹.

Su padre murió el 19 de marzo de 1844. Su hermana Tonina cayó gravemente enferma y fue a visitarla. Murió el 20 de enero de 1874. El 30 de noviembre de 1876 murió su hermano Augusto. Su hermana María Luisa había abandonado la Congregación el 26 de abril de 1834. Su salida le preocupaba a Catalina, pues

¹⁸ Laurentin René, *La vida de Catalina Labouré*, Ed. Ceme, Salamanca, 1984, pp. 184-186.

¹⁹ Ib. p. 192.

parecía que todo iba bien su vida. Había sido incluso Superiora con 33 años y manifestaba a Catalina que era feliz, sobre todo cuando Catalina quiso ingresar. Su salida se debió a una calumnia y por ello la habían depuesto de Superiora en 1829. Se colocó de institutriz en París.

Catalina le escribió recordándole la carta que la misma María Luisa le había escrito a ella en 1829, en la que le decía: *Si en estos momentos una persona fuera lo suficientemente poderosa para ofrecerme, no ya un reino, sino todo el universo, miraría todo eso como el polvo de mis zapatos, ya que estoy convencida de que no encontraría en la posesión del universo la felicidad y el contento que siento en mi querida vocación.*

María Luisa pensó bien su situación, dejó su orgullo de lado y presentó su solicitud de ser aceptada nuevamente. El Consejo la aceptó el 26 de junio de 1845 y tomó de nuevo el hábito en Enghien, en la misma casa de Catalina, cuando ya María Luisa tenía 50 años. Fue enviada a Turín con otras tres hermanas. Sirvió de enfermera en la guerra de Italia y murió como una buena religiosa en 1882.

ÚLTIMO AÑO DE VIDA

El año 1876, último año de su vida, Catalina sintió la necesidad, después de 46 años de confiar sus recuerdos a la Superiora para animar la devoción a María y su reconocimiento por haber escogido a su Comunidad. Así podía morir tranquila.

La Madre Dufès escribió: *En la entrevista en que me confió su secreto sor Catalina, me repitió que la Virgen santísima se le había aparecido teniendo una esfera en las manos a la altura del pecho. Entonces vio a la excelsa Madre ofrecer dicha esfera y mover los labios, comprendiendo sor Catalina que la Virgen santísima rogaba por el mundo entero. Yo hice una exclamación, diciendo: “Nunca se ha hablado de la esfera (en las manos de la Virgen santísima); si hablamos de ella ahora, van a decir que usted ha perdido la cabeza”. “No sería la primera vez que me han tenido por loca, pero hasta mi último aliento diré que la Virgen santísima se me ha aparecido, teniendo la esfera del mundo en sus manos”. “¿Qué decía la Virgen al ofrecerla?”. “Yo no sé, pero comprendí que rogaba por el mundo entero”. “Y después —pregunté— ¿qué fue de la esfera (ofrecida por la Virgen)?”. “De eso no sé nada”.*

Sor Catalina hizo entonces ademán de extender las manos, y continuó: “No vi más que rayos de luz que caían sobre el globo que la Virgen santísima tenía debajo de los pies, y especialmente sobre un punto del mismo donde estaba

escrita la palabra “Francia”. La santísima Virgen tenía las manos abiertas. “Pero —repuse yo— va usted a causar perjuicio a la medalla si habla de la esfera”. “No, no, que no se toque a la medalla; que se haga una imagen con la esfera y que se levante un altar en el mismo sitio en que se apareció la santísima Virgen. Esa imagen ha sido el tormento de toda mi vida, y no quisiera presentarme a la santísima Virgen antes de que haya sido hecha”. Y sor Catalina citó los nombres de dos hijas de la Caridad, de las más recomendables por sus virtudes y por sus directas relaciones con el padre Aladel, que podrían, decía, confirmar la veracidad de sus palabras, a saber: “Sor Pineau, primera hermana encargada de la sacristía de la Casa de la calle de Bac, y sor María Grand de Boulogne, antigua secretaria de la Casa-noviciado en tiempos del mismo padre Aladel.

Lo primero que hizo sor Dufès fue ponerse en relación con las dos hermanas designadas por sor Catalina, y al efecto escribió, aunque muy perpleja, a sor Grand, que era entonces Superiora del hospital de Riom. La contestación de ésta, que tiene fecha de 24 de junio de 1876, decía así: Sí, mi buena sor Dufès, nuestra dulce Reina se ha aparecido teniendo el orbe terráqueo en sus benditas y virginales manos, caldeándolo con su amor, oprimiéndolo contra su corazón misericordioso y mirándolo con inefable ternura. Todavía tengo yo el dibujo, o más bien, el esbozo de un prospecto que se hizo hace mucho tiempo representándola así. No sé si podré encontrarlo entre nuestros libros y papeles, porque es, repito, de fecha remota. Tal vez a petición de la hermana, el digno y venerado padre Aladel pensaba conservar este memorable recuerdo para hacer una nueva imagen representando esta (primera fase de la) aparición; pero todo quedó así. Esta segunda (parte de la) visión no contradice en nada a la primera, porque la santísima Virgen se mostró, creo, con los brazos tendidos y con los haces de rayos de luz cayendo sobre el mundo, inundándolo con su misericordia y cubriéndolo especialmente a Francia, con sus benditos dones. Parece que mientras la augusta Madre oprimía al mundo contra su corazón virginal, resplandecían en sus manos maternas diamantes y piedras preciosas, cuyas irradiaciones envolvían a nuestra miserable tierra, enriqueciéndola con sus misericordias y liberalidades. Lo mismo acontecía cuando se abrían sus manos esparciendo sobre el mundo oleadas de bendición y de amor. ¡Cuánto, mi buena Sor Dufès, me complazco en recordar estas cosas!

La Madre Dufès tomó las cosas en serio y mandó hacer una imagen de la Virgen con el globo de la tierra en las manos tal como Catalina la había visto en la visión y con la serpiente a sus pies. Ella pidió que sobre el globo de la tierra se colocará una cruz, que el rostro de la Virgen no fuera, ni demasiado joven ni demasiado sonriente, sino de gravedad mezclada de tristeza, que desaparecía cuando el rostro de María se iluminaba con claridades radiantes de amor; sobre todo, en el momento de la oración.

La imagen fue realizada por el escultor Robert Froc. Catalina al verla exclamó: *La Virgen era mucho más hermosa*. La colocaron en la capilla de Reuilly en 1876. Otra semejante la colocaron en la Casa Madre de París en 1880. Catalina le recalcó a la Superiora que ella sólo había sido un instrumento de la Virgen, porque no sabía ni siquiera leer, ni escribir bien y menos hablar correctamente el francés.

TERCERA PARTE LOS CARISMAS Y SU MUERTE

DONES SOBRENATURALES

a) PROFECÍA

Dice el padre Meugniot: *Cuando yo manifesté deseos de ser sacerdote, mi tía Catalina se preocupó de que fuera a estudiar al colegio de Montdidier, dirigido por los padres vicentinos. Durante mis años de estudio, ella me preguntaba si estaba bien. En mis vacaciones iba a París y la veía algunas veces. En una de mis visitas me dijo: “Si tú quieres entrar para sacerdote, te recibirán”. Y entonces añadió con una sonrisa que yo consideré una broma: “Puedes llegar a ser Superior”. Me habló del beato Perboyre, a quien tenía gran devoción. E insistió: “Puedes ir de misionero”*²⁰. De hecho, este sobrino llegó a ser sacerdote vicentino. Estuvo 19 años de misionero en China, en Hong-Kong, y fue Superior y procurador de la Misión.

Sor Clavel anota: *Un día se desató un incendio en una casa vecina a la nuestra en Enghien. Las llamas lamían nuestro techo hasta el campanario. Yo vi a la sierva de Dios en medio del jardín, rezando el rosario y diciendo: “No teman nada, todo va a pasar”. De hecho nuestra casa quedó indemne*²¹.

Sor Cosnard nos dice: *El año 1873 fue construida una iglesia en las cercanías de la casa de Enghien. Sor Catalina quería que se llamase de la Inmaculada Concepción, pero se llamó de Santa Radegunda. Ella sintió pena por ello, pero me manifestó: “A pesar de todo, se llamará Inmaculada Concepción. Y eso me lo remitió varias veces y creo que eso se lo dijo también a otras personas. De hecho, el 28 de marzo de 1877, por orden del cardenal*

²⁰ Proceso p. 332.

²¹ Proceso p. 298.

Guibert, arzobispo de París, se le llamó de la Inmaculada, cuando el mismo cardenal había puesto el nombre de santa Radegunda.

Otro día, en 1865, me dijo: “Nosotras dejaremos Enghien”.

- *¿Por qué dices eso?*

Sus ojos se iluminaron y respondió: *Sí, yo he visto escrito “Hospicio de Enghien” sobre un gran castillo.* Ella me lo repitió varias veces y se sabe que el duque de Aumale, cuando llegó a ser propietario del castillo de Amboise, lo destinó a recoger ancianos, que todavía están en la casa de Enghien. Este traspaso se debió hacer ya hace unos meses, cuando la muerte del duque, pero los trámites de sucesión ocasionaron el retraso. Y yo creo que a esto se refería la sierva de Dios ²².

El 1 de mayo de 1901 el hospicio de Enghien fue trasladado al castillo de Amboise a orillas del río Loira, poniéndose sobre la puerta el letrero: *Hospicio de Enghien y de Orleans.*

Sor Tanguy afirma: *Hace dos años yo le manifesté a sor Cosnard mi pena por el traslado que se iba a hacer de los restos de Catalina al castillo de Amboise. Ella me respondió: “¿Cómo te extrañas?”. Catalina me dijo un día: “Yo veo a los ancianos en un castillo y en la entrada de ese castillo un letrero que dice: “Hospicio de Enghien”. Otro caso de profecía: Después de la revolución de julio de 1830 el padre Piau, capellán del castillo de las Tuileries, durante el reinado de Carlos X, estaba sin oficio y la sierva de Dios le aconsejó ir a Suiza, porque allí tenía una misión que cumplir. Él fue a Monthey y encontró una casa de señoras del Sagrado Corazón de Jesús, donde fue acogido y donde prestó sus servicios (cumpliéndose así la profecía de sor Catalina) ²³.*

María Antonieta Duhamel, sobrina de sor Catalina, declaró: *Ella murió el 31 de diciembre de 1876. Yo fui a visitarle el 15 de agosto con mis dos hijas. Ella le dio estampas y recuerdos para la primera comunión a la mayor. Yo le dije que no corría prisa, porque haría la primera comunión el año próximo, pero ella me respondió: “El año próximo ya no viviré”. Yo le insistí que no sería así, pero volvió a decir: “No me crees, pero yo no veré el año 1877”. Unas horas antes de su muerte, el 31 de diciembre, fui a visitarla y me despedí, diciéndole que vendría al día siguiente para desearle un “Feliz año”. Pero ella insistió: “Tú me verás, pero yo no estaré viva” ²⁴.*

²² Proceso pp. 266-267.

²³ Proceso p. 240.

²⁴ Proceso pp. 246-247.

Su entierro tuvo lugar el 3 de enero, fiesta de santa Genoveva, a quien san Vicente les dio como modelo a seguir. Ella había dicho que no haría falta féretro ni cintas en él; y la colocarían en la capilla de Reully. *Ella fue llevada por una legión de hijas de María. Así se cumplía la profecía que le había hecho al padre Aladel de que la santísima Virgen quería que él fundara una Congregación o Confraternidad de hijas de María* ²⁵. Y también que no haría falta féretro ni cintas.

Sor Cosnard refiere: *La sierva de Dios, durante los años que hemos estado juntas, muchas veces me dijo que habría reliquias bajo la capilla de Reully y que habría una capilla subterránea. No daba más explicaciones y lo decía en un tono misterioso sin referirse a ella misma. En cuanto a la construcción de esta capilla subterránea, esto se realizó en 1896 con las contribuciones de un buen sacerdote de Barcelona, José Dadorda, devoto de la sierva de Dios, que pagó los 3.000 francos para la obra* ²⁶.

b) COSAS EXTRAORDINARIAS

María Antonieta Duhamel nos dice: *Cuando mi madre, hermana de Catalina, cayó enferma en su lecho de muerte el 18 de enero de 1874, ya llevaba 15 meses enferma. Desde hacía dos o tres días estaba en estado comatoso, no hablaba y creo que no conocía a nadie. Mi tía vino a verla y entró en su cuarto. Ella nos pidió a mi hija y a mí que la dejáramos sola. Estuvo una hora y no sé qué pasó entre ellas, pero cuando la sierva de Dios salió, nos dijo que fuéramos a ver a la mamá. La encontramos despierta y hablando como siempre. Nos hizo las últimas recomendaciones y, al cabo de una hora, cayó de nuevo en el estado comatoso del que no salió hasta su muerte, que vino dos días más tarde. Después de la muerte de mi tía y de que fuera publicada su santidad y los sucesos de las apariciones, me hizo pensar que lo que acabo de relatar tuvo algo de sobrenatural* ²⁷.

Anota una de sus antiguas compañeras: *Una tarde yo había cerrado todas las puertas del jardín y de la casa con cerrojo y pestillo y llevé las llaves a la Superiora. Sor Catalina había subido a su dormitorio, yo la había visto. A la mañana siguiente, después de vestirme, bajé a abrir las puertas y me aseguré que todas las hermanas estaban en el dormitorio. Cuál no fue mi sorpresa al ver la cama de Catalina en orden y vacía. Yo fui a la Superiora y le dije: “Es algo muy raro, yo no he abierto aún las puertas y sor Catalina no está en el*

²⁵ Proceso pp. 262-263.

²⁶ Proceso p. 261,

²⁷ Proceso p. 249.

dormitorio. *¿Por dónde ha ido?*”. “*Búsquela*”, me dijo la Superiora. Yo la busqué por todas partes, en el granero, en la bodega... y nada. Fui a la capilla, la llamé y nada. Fui al jardín, las puertas estaban cerradas y yo era la única de la casa que tenía las llaves. Fui al medio del jardín y la veo de pie delante de la imagen de la Virgen con las manos juntas y los ojos fijos en María. La llamo y nada. Una vez, dos, tres veces y no me respondía. Fui a la Superiora y le cuento todo. Ella sonríe y me dice: “*Déjela tranquila*”. Yo fui a la capilla y a las cuatro y media se abre la puerta y Catalina se coloca en su lugar²⁸.

c) **¿BILOCACIÓN?**

Sor Cosnard refiere: *El día de la gran peregrinación a Lourdes (puede ser del año 1873, día de la primera peregrinación nacional) yo estaba de portera en nuestra casa de Enghien con otra hermana y sor Catalina se nos acercó llena de alegría y nos contó lo que en ese momento sucedía en Lourdes. Decía: “Es la misma Virgen María, la Inmaculada”. Parecía que asistía en espíritu a esa magnífica ceremonia, porque ¿cómo ella habría podido hablar así en el mismo momento en que pasaban los hechos?*²⁹.

ANÉCDOTAS

Una hermana que deseaba conocerla, oyó un día a la Superiora que en su Casa estaba la hermana de la medalla milagrosa y la invitó a cenar el jueves siguiente. Esta hermana fue a cenar y le pidió a la Superiora no mostrársela para que ella pudiera adivinar quién era. Llegó el jueves y vio a muchas hermanas que iban a la oficina de la Superiora, pero no observó nada especial. La Superiora la llevó a la capilla y, después de las oraciones comunes, fueron al comedor y saludó a una anciana que servía a todas. La anciana le respondió con una sonrisa agradable: “Bienvenida, hermana”.

Después de la cena, la Superiora le preguntó: “Bien, ¿cuál es esa hermana?”. Y la hermanita contesto: “Ya sé, es la ancianita que sirvió en el comedor”. Ella tiene unos ojos que han visto a la Virgen las otras no miran como ella. Era sor Catalina. La Superiora no respondió más que con una sonrisa. Más tarde esa hermana fue compañera de sor Catalina y pudo tener con ella mucha confianza y amistad. Decía que una sola mirada de sor Catalina bastaba para dar fuerza y coraje en las penas y dificultades de la vida. Un día de

²⁸ Proceso p. 146.

²⁹ Proceso p. 265.

fiesta, tomando juntas el café le preguntó esta hermanita a sor Catalina: “¿Usted estaba en el postulanteado en 1830?”.

- *Sí.*
- *¿Usted ha conocido a la hermana de la medalla?*
- *¡Cómo quiere que la conozca en tan gran número de hermanas!*
- *La hermana de la medalla y la del escapulario deben ser superiores (especiales). Puede ser que ya estén muertas y se las debería conocer.*
- *Quién sabe, sólo Dios sabe.*

Sor Catalina no dijo más y la hermana guardó silencio, pero sor Catalina se ponía muy seria, cuando se tocaba este asunto tan delicado para ella ³⁰.

La Madre Dufès declaró: Ella daba mucha importancia al rezo del rosario. Todas nosotras quedábamos emocionadas, cuando se rezaba el rosario en común, por el acento grave y piadoso con que ella pronunciaba las palabras del avemaría. Ella, que siempre era muy humilde y reservada, no podía menos de censurar la ligereza y la poca atención que ponían las hermanas en el rezo de esta oración tan bella y eficaz ³¹.

Una hermana que la miraba con detenimiento, sólo observó que en la oración no tenía los ojos bajos, sino permanentemente fijos en la imagen de la Virgen. Normalmente ella no lloraba, pero le salían las lágrimas cuando alguien contaba hechos de conversiones o curaciones obtenidos por intercesión de la Virgen o bien, como en 1871, cuando veía los males que había en la Iglesia y en Francia.

Sor Sidonia Amelia nos dice: *Un día estábamos todas en la sala de recreo y una hermana dijo: “La hermana que dice que vio a la Virgen, sin duda vio un cuadro”. Y sor Catalina, que normalmente hablaba poco, respondió con firmeza: “Mi querida, la hermana que vio a la Virgen la vio en carne y hueso como tú y yo”. Después se puso a trabajar y se cambió la conversación* ³².

Unas hermanas observaron que en todas las fiestas de la Virgen, especialmente en la Inmaculada Concepción, siempre estaba enferma y recibía estas enfermedades como regalos de la Virgen. Un año la llevaron el 8 de diciembre con otras hermanas a pasear en un carruaje y, al subir a él, hizo un mal movimiento y se rompió la muñeca. No dijo ni una palabra, pero momentos después la vieron con un pañuelo sosteniendo el brazo. La Superiora le preguntó

³⁰ Proceso pp. 142-143.

³¹ Proceso p. 45.

³² Proceso p. 227.

qué le había pasado y ella respondió: *Es un ramo de flores, todos los años la Virgen me envía uno.*

Trataba a Dios como un niño a su padre: *A una hermana que se quejaba de que no sabía qué hacer en la oración, le respondió: “Es muy fácil. Yo voy a la capilla y le hablo a Dios”. Él me responde, él sabe que yo estoy ahí y que yo espero lo que necesito y lo que él me quiere dar. Yo estoy siempre contenta. Escuchar a Dios y hablarle, eso es oración. Haz como yo y verás”*³³.

Otro caso. *A fines de junio de 1871 el doctor Marjolin, médico del hospital San Eugenio, hoy hospital Trousseau, vino a proponer a la Madre Dufès que recogiera a unos treinta huerfanitos, que estaban en convalecencia. La Madre aceptó y se encargó de llevarlos al asilo donde estarían al abrigo de todo peligro de la guerra. Estoy convencida de que fue debido a la protección de la Virgen, a lo que Catalina no fue extraña. Todo pasó en paz*³⁴.

Monseñor Meugniot, su sobrino, nos dice: *Ella misma me contó que un día la Superiora general había querido nombrarla Superiora de una casa y que ella le había suplicado que no, diciéndole: “Usted sabe muy bien que no soy capaz. Por favor, envíeme de nuevo a Enghien”*³⁵.

Sor Clavel dice: *Unos días antes de morir sor Catalina, estando acostada, pidió que le dieran una manzana cocida. Y como tardaban en dársela, mostró un poco de impaciencia. Sor Angélica se escandalizó y dijo a Monseñor Chinchón, nuestro confesor, que estaba allí, que estaba asombrada de cómo una persona que había visto a la Virgen, manifestaba ese deseo y tenía poca paciencia. Monseñor reprendió a sor Angélica y le recordó de un santo que en la hora de su muerte había pedido un dulce*³⁶.

Ciertamente fue juzgada ligeramente por algunas hermanas. Sus pretendidas faltas de mortificación consistía en tomar alguna vez una pastilla; un pequeño pedacito de azúcar, una taza de leche o una manzana cocida. *Un día una hermana le preguntó: “¿Le gusta el azúcar?”. Le respondió: “No, pero me hace digerir mejor, porque no tengo dientes”*³⁷.

Acostumbraba a dar un paseo después de las comidas por el jardín acompañada de otra hermana. Iban a una imagen de la Virgen y rezaban juntas un avemaría. ¡Qué avemaría! Resonaba en los oídos de la hermanita como una

³³ Proceso pp. 141-142.

³⁴ Proceso p. 293

³⁵ Proceso p. 335.

³⁶ Proceso p. 300.

³⁷ Proceso p. 141.

dulce melodía. Jamás sor Catalina le parecía más hermosa que en ese momento. Sus ojos luminosos se elevaban al cielo, hacia la Virgen, sus manos estaban piadosamente juntas y el timbre de su voz llegaba al corazón. Era un minuto de cielo sobre la tierra. Y, cuando añadía tres veces: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos”, su voz temblaba de emoción.

Su compañera le decía: “¿Qué miras en el cielo? ¿Ves algo?”. Y Catalina respondía: “Vamos a pasear”³⁸.

Es interesante, al respecto, conocer que la bandera oficial del Parlamento europeo tiene doce estrellas sobre un fondo azul. Muchos no conocen su origen. Cuando en 1950 se convocó a un concurso abierto a todos los artistas del viejo continente para escoger la bandera de la futura Europa unida, el joven artista alemán Arsene Heitz hizo el boceto escogido, que ahora es la bandera oficial de Europa. La bandera fue elegida oficialmente el 8 de diciembre de 1955, un día mariano por excelencia, fiesta de la Inmaculada Concepción. El artista aclaró por qué había escogido las doce estrellas con fondo azul como bandera: *Inspirado por Dios, tuve la idea de hacer una bandera azul sobre la que se destacaran las doce estrellas de la medalla milagrosa de Rue du Bac de París.* Arsene Heitz dijo también que era muy devoto de María, que rezaba el rosario todos los días y que, cuando se convocó al concurso, él estaba leyendo la historia de santa Catalina Labouré y se dio cuenta de que, en la medalla milagrosa, la Virgen mandó grabar su imagen, rodeada de doce estrellas como la Virgen del Apocalipsis.

Cuando alguien le hizo notar al responsable de la Comisión de calificación, Paul M.G. Levy, un judío, que no eran doce los miembros de la Unión europea en ese momento, él dijo que doce era el símbolo de plenitud como aparece en la Biblia. Por tanto, fue escogida por un judío sin motivos confesionales, pero podemos decir que no fue una casualidad que la bandera de la Unión europea, basada en la medalla milagrosa, sea la bandera de María, porque ella vela sobre Europa como una madre. Y, aunque no todos la reconozcan como Madre, Ella sí los reconoce a todos como hijos³⁹.

³⁸ Proceso pp. 144-145.

³⁹ Citado por De Fiores Stefano, *Los caminos del espíritu con María*, Ed. San Pablo, Madrid, 1997.

ASÍ ERA ELLA

Era muy trabajadora y llevaba sus obligaciones con orden y responsabilidad. A los ancianos los trataba con mucho cariño y la querían como a una madre, pero también tenía carácter fuerte y, cuando había que ser firme, ella se ponía seria para evitar malos comportamientos. Su amor a los ancianos lo manifestaba de muchas maneras con su sonrisa y atención. Y cuando llegaban los primeros frutos del huerto, los repartía, con permiso de la Superiora, primero a los pobres y a los ancianos. Las hermanas no podían cogerlos, sino después de haberlos repartido a sus preferidos.

El arzobispo de París quiso conocerla. También quiso conocerla Alfonso de Ratisbona, el gran convertido por la medalla, pero el padre Aladel tuvo que explicarles que ella no quería de ninguna manera ser conocida y que, por tanto, era inútil hacer preguntas. Esto dio lugar a que en la Comunidad se hablara de que a la hermana favorecida con las apariciones, se le habían borrado de la memoria todos los detalles. Gracias a esto sor Catalina pudo permanecer muchos años oculta en sus modestos oficios de cocina, lavandería, lechería, etc., y sobre todo atendiendo a los ancianos del hospicio de Enghien, sin que supieran quién era. Los detalles de las apariciones sólo se le borraron cuando quisieron interrogarla durante la encuesta canónica, nada más. La Virgen la protegía así. Sin embargo, a pesar de su vida oculta y de su silencio, algunas hermanas sospechaban que ella era la vidente de la Virgen y, si no se lo decían abiertamente, la observaban con atención para analizar su comportamiento. Si le veían en alguna ocasión algo que no parecía muy virtuoso, se les quitaba la idea de que ella pudiera ser la escogida. Y así algunas dudaban, otras sospechaban y no faltaban quienes la veían la más santa de la Comunidad y la más digna de haber recibido esas gracias sobrenaturales.

No era nada mística. No tenía raptos ni éxtasis espectaculares, solamente trataba de cumplir fielmente sus obligaciones y ser muy piadosa y recogida en la capilla durante los actos litúrgicos, especialmente durante la misa y el rezo del rosario.

Ella era buena y amable con todos, pero también tenía sus preferidos, aunque no lo daba a conocer, ya que era tan sencilla como prudente. Su silencio era casi continuo. En todo buscaba la mirada de Dios. Era humilde servidora de María Inmaculada y no se preocupaba del qué dirán. El Señor y su madre eran el amor de su corazón ⁴⁰.

⁴⁰ Proceso pp. 140-141.

Según testimonio de una de sus antiguas compañeras: *Su exterior era la imagen de su bondad de su alma cándida y pura. Su estatura era un poco más de la media, su físico bastante fuerte. Caminaba derecha sin afectación y con una dignidad natural. Su caminar era grave y lleno de modestia. Su frente elevada reflejaba su inocencia y sus ojos limpios, como los cielos en un hermoso día, reflejaban la pureza angelical de su alma. Sus ojos, de un azul celeste, lanzaban rayos luminosos. Su boca era fina y sonriente; aunque su fisonomía era seria, su sonrisa le daba un encanto divino*⁴¹.

SU MUERTE

En 1876 cayó gravemente enferma. En el mes de diciembre le llevaban la comunión de vez en cuando. Sor Charvier, al verla tan contenta un día de comunión, le preguntó por qué no la pedía todos los días. Y contestó: *Cuando me traen al buen Dios estoy muy contenta, pero prefiero hacer lo que hacen todos. No quiero distinguirme en nada de los demás*⁴².

El padre Carlos Chevalier nos dice: *Unos días antes de morir, ella le pidió a la Superiora que reuniera junto a su cama a 63 jovencitas del orfanato para rezar las letanías de la Inmaculada, añadiendo la invocación: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos”. Ella pedía estas 63 invocaciones por los 63 años que se considera que vivió la Virgen María y por el rosario de santa Brígida que rezan las hijas de la Caridad*⁴³.

El 20 de septiembre aseguró: *No necesitaré coche fúnebre. Iré a Reully. No se necesitarán cintas* (cordones mortuorios que algunas personas toman en la mano mientras el coche fúnebre va avanzando). Y así fue.

*A una hermana que le preguntaba si tenía miedo de morir, le respondió: “¿Miedo? ¿De qué? Yo voy a encontrar a nuestro Señor, a la santísima Virgen y a san Vicente*⁴⁴.

Sor Cabanes nos dice: *Estuve presente cuando recibió los últimos sacramentos, lo que hizo con grandes sentimientos de piedad. Ella pidió perdón a todas las hermanas como se acostumbraba entre nosotras y renovó sus votos, según está establecido en nuestra Regla. Su celo por la difusión de la medalla la acompañó hasta el último día y, unas horas antes de morir, yo la vi preparando*

⁴¹ Proceso p. 140.

⁴² Laurentin René, o.c., pp. 224-225.

⁴³ Proceso p. 208.

⁴⁴ Proceso p. 174.

algunos paquetitos con medallas, que ella enviaba como recuerdos a nuestras hermanas ⁴⁵.

En sus últimas horas, ella pidió que repitieran muchas veces la invocación: “Terror de los demonios, rogado por nosotros” ⁴⁶.

La Superiora sor Dufès declaró: *El último día de su vida, 31 de diciembre de 1876, fui a visitarla por la mañana y me dijo que no vería el día siguiente. Yo me permití contradecirla. Ella estaba convencida, a pesar de que aparentemente, según el médico, duraría aún varios días* ⁴⁷.

Murió de problemas del corazón a las 7 p.m. sin dar señales de sufrimiento y como durmiendo en el Señor.

El mismo día de la muerte de Catalina, el 31 de diciembre de 1876, la Superiora, Madre Dufès buscó los papeles autógrafos que Catalina había escrito sobre las apariciones y los leyó a la Comunidad.

Sor Dufès anota: *El día que murió, yo manifesté a los Superiores el deseo de que sus restos quedaran en la misma Casa donde murió, pero eso era contrario a las costumbres y reglamentos de la policía. Me dirigí a la señora Maréchale de Mac-Mahon, esposa del presidente de la República, para pedir la autorización. Y ella misma consiguió el permiso y vino a casa a rezar ante el cuerpo de la sierva de Dios. Yo estaba preocupada por el lugar donde debía enterrarse y el día 1 de enero por la mañana, al despertar, oí como una voz interior o exterior que me dijo claramente: “La bóveda que está debajo de la capilla de Reully”.*

Fui a visitar la bóveda, donde nadie había sido enterrado y que había servido durante el asedio de París para conservar el vino destinado a los soldados de la enfermería. Hice venir al comisario de policía para verlo y le pareció apropiada y él mismo nos obtuvo el permiso del prefecto ese mismo día.

Los funerales tuvieron lugar el día 2 a las 10 a.m. en la capilla del hospicio de Enghien, para todos los clérigos y muchos vicentinos que llegaron para esta ceremonia. Más de 250 hermanas se reunieron de distintos lugares. Los ancianitos a quienes ella había servido, marcharon a la cabeza del cortejo. La sierva de Dios fue colocada en un ataúd de plomo y en otro de roble. La señora Maréchale quiso pagar los gastos.

⁴⁵ Proceso p. 272.

⁴⁶ Proceso p. 217.

⁴⁷ Proceso pp. 187-188.

Hubo una enorme afluencia de gente y durante dos días puse religiosas junto a su cuerpo, una a la cabecera y otra a sus pies, para hacer tocar objetos religiosos que la gente presentaba. Yo vi muchos señores que hacían tocar el cuerpo con sus relojes. Muchas personas, incluso religiosas, recalcaron que su frente tenía una blancura y un resplandor extraordinario. Quizás fuera porque durante la aparición de 1830, su frente tocó las rodillas de la santísima Virgen.

El día de su entierro no cantaron cantos fúnebres, sino cantos alegres, como el “Magnificat” y “Oh María, sin pecado concebida, rogado por nosotros que recurrimos a Vos”. En procesión se llevaron sus restos al lugar de la sepultura. Las hijas de María iban con sus banderas y gran cantidad de gente, que quería tocar su féretro con medallas y otros objetos piadosos. Y esto sucedió en los tres días que estuvo sin sepultar⁴⁸.

Afirma sor Tanguy: En el momento de bajar el cadáver al panteón de la casa de Reully, en lugar de cantar el “De profundis” se cantó “Oh María, sin pecado concebida, rogado por nosotros que recurrimos a Vos”. En nuestras almas había más alegría que tristeza. Nadie tenía deseos de llorar⁴⁹.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Sor Tanguy refiere: Una joven religiosa de Amiens estaba muy enferma y nos escribió a la casa de Enghien, pidiendo alguna cosa que hubiera pertenecido a sor Catalina para conseguir por su intercesión la salud o, al menos, la resignación para cumplir la voluntad de Dios. Yo le envié un pedacito de tela que había usado la sierva de Dios. Se la aplicó a la parte enferma y, por la noche, vio a sor Catalina que le dijo: “¿Por qué no quieres morir? Estarás mucho mejor con el buen Dios”. A partir de ese momento ella tuvo resignación y tuvo una buena muerte⁵⁰.

Sor Henriot declaró: Una de mis hermanas, de 40 años, con muchos hijos, estaba gravemente enferma de tristeza y me mandó aviso de que fuera a verla pronto. Era la víspera del día en que iban a llevar al panteón el cuerpo de sor Catalina. Pedí permiso a la Superiora para estar toda la noche junto a su cuerpo con otra compañera y repetimos centenares de veces: “Oh María, sin pecado concebida, rogado por nosotros que recurrimos a Vos”. A partir de ese momento mi hermana fue mejorando hasta curarse totalmente. Ella vive aún y ha tenido

⁴⁸ Proceso p. 247.

⁴⁹ Proceso p. 239.

⁵⁰ Proceso pp. 239-240.

varios hijos. También recuerdo el caso de una de nuestras hermanas, ciega, que fue curada por intercesión de sor Catalina hacia 1880 ⁵¹.

Sor Lenormand anota: *Yo sufría de mucho tiempo una enfermedad grave a la médula espinal, como consecuencia de una fiebre tifoidea, que había tenido en 1859. Ningún remedio me curaba. En febrero de 1877 hicieron en la casa de Clichy una novena para pedir mi curación y, al noveno día, me llevaron a Reuilly, al sepulcro de la sierva de Dios, donde rezamos con mucho fervor por mi curación. Esa misma tarde, de regreso a Clichy, yo pude subir las escaleras con bastón y arrodillarme. Al poco tiempo fui curada totalmente y ahora puedo cumplir todas mis obligaciones* ⁵².

Emilia Pieneau comenta la curación de una joven de 19 años que estaba paralizada y se curó después de orar en la tumba de la sierva de Dios. También ha visto a una joven de 20 años que estaba muy enferma y se curó instantáneamente después de orar también en la tumba de sor Catalina. Ella vino a nuestra capilla de la calle Du Bac a dar gracias a la Virgen María ⁵³.

La Madre Dufès refiere: *Oí a una religiosa digna de fe que hace cinco o seis años, una mujer obrera llevó a su hijo de cinco años, enfermo de nacimiento, que nunca había caminado y tenía unos pies y manos pequeñitos, a la tumba de sor Catalina y lo colocó sobre ella. La hermana que los acompañaba invitó al niño a rezar: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos”. El niño rehusó varias veces. Parecía ser un niño poseso. Al final, después de mucho insistir, el niño repitió la invocación y, al instante, se levantó y pudo caminar y subió por sí mismo las escaleras* ⁵⁴.

Y sigue diciendo: *He sabido que muchas gracias han sido concedidas por su intercesión. Y muchos ex-votos han sido colocados de año en año después de su muerte en la capilla donde está enterrada. Yo he recibido cartas que testifican gracias recibidas de la Inmaculada por intercesión de sor Catalina, gracias de curaciones, consideradas milagrosas. Sor Caron me escribió el 14 de enero de 1880 que ella había sido curada de un eczema, que no se curaba con ningún remedio, después de dos novenas hechas a la Virgen por intercesión de sor Catalina. Lo mismo sucedió a sor Josefina que me escribió en enero de 1880, curada de las consecuencias de una pleuresía* ⁵⁵.

⁵¹ Proceso p. 331.

⁵² Proceso p. 275

⁵³ Proceso pp. 217-218.

⁵⁴ Proceso p. 190.

⁵⁵ Proceso p. 190.

CUARTA PARTE

LAS MARAVILLAS DE DIOS

CONVERSIÓN DE ALFONSO DE RATISBONA

Alfonso de Ratisbona escribió el 12 de abril de 1842: *Mi primer pensamiento y el primer grito de mi corazón al momento de mi conversión fue ocultar este secreto en el fondo de un claustro a fin de escapar del mundo que no me podría comprender; y de darme totalmente a Dios, que me había hecho entrever y gustar las cosas de otro mundo. Yo no quería hablar sin el permiso de un sacerdote. Él me ordenó decir lo que me había sucedido. Yo lo hice en la medida que me fue posible de viva voz. Hoy, después de algunas semanas, trataré de dar algunos detalles... Si yo sólo debiera contar el hecho de mi conversión, una sola palabra bastaría: El nombre de María... Mi familia es bastante conocida, porque es rica y es de primera categoría en Alsacia. Hubo mucha piedad en mis antepasados, tanto judíos como cristianos. Mi abuelo fue el único judío en tiempos del rey Luis XVI de Francia, que obtuvo, no sólo el derecho de poseer propiedades en Estrasburgo, sino también tener títulos de nobleza. Así era mi familia, pero en la actualidad las tradiciones religiosas las han dejado de lado.*

Yo comencé mis estudios en el colegio real de Estrasburgo, donde hice más progreso en la corrupción del corazón que en la instrucción de la inteligencia. Nací en 1814 y en 1825 un acontecimiento golpeó a mi familia. Mi hermano Teodoro se declaró cristiano y, después, fue más lejos; se hizo sacerdote y ejerció el ministerio en la misma ciudad bajo la vista de mi inconsolable familia.

Esta conducta de mi hermano me sublevó y cogí odio a su hábito y a su ministerio. Educado en un ambiente de jóvenes cristianos indiferentes como yo, no había sentido ni simpatía ni antipatía por el cristianismo, pero la conversión de mi hermano, que yo veía como una inexplicable locura, me causó horror.

Se me retiró del colegio y me pusieron en una Institución protestante. Los hijos de las grandes familias protestantes de Alsacia y Alemania venían a formarse y se dedicaban más a los placeres que a la ciencia...

Muy joven perdí a mi madre y, poco después, a mi padre, pero me quedó un tío, el patriarca de toda la familia, un segundo padre, que no había tenido hijos y había puesto todo su afecto en los hijos de su hermano. Este tío, después que obtuve mi diploma de licenciado de abogado, me llamó a Estrasburgo y me

preparó el camino para sucederle. Yo podría contar sus dádivas: caballos, carruajes, viajes..., él no me rehusaba ningún capricho... Sólo me hacía un reproche: mis continuos viajes a París. Tenía razón. Yo sólo amaba los placeres, los negocios me impacientaban, el aire de las oficinas me ahogaba. Pensaba que estaba en el mundo para disfrutar... Pero había un vacío en mi corazón y no era feliz en medio de tanta abundancia de cosas materiales.

Tenía una sobrina (Flora) hija de mi hermano mayor (Adolfo) que desde que éramos niños me la habían designado para ser mi esposa. Ella se desarrollaba con gracia a mis ojos y en ella veía todo mi porvenir y toda la esperanza de felicidad... Será muy difícil imaginar una jovencita más dulce, más amable, más graciosa que ella. Era para mí una creación muy particular, que parecía haber sido creada para completar mi existencia. Y, cuando las familias fijaron el día del matrimonio, tanto tiempo deseado, yo creí que ya no me faltaría nada a mi felicidad. Después de la celebración de la pedida de mano, yo veía a toda mi familia llena de felicidad. Mis hermanas sólo me hacían un reproche: amar demasiado a mi novia, porque ellas estaban celosas. El único miembro de mi familia que me era odioso era mi hermano Teodoro (el sacerdote)... Y (por él) tomé odio a los sacerdotes, a las iglesias, a los conventos, y, sobre todo, a los jesuitas, cuyo solo nombre me provocaba furor.

Felizmente, mi hermano fue trasladado a la iglesia de nuestra Señora de las Victorias de París. Dijo al despedirse que rezaría por la conversión de sus hermanos y hermanas...

Como mi novia tenía 16 años, se juzgó conveniente postergar el matrimonio y me fui de viaje, esperando la hora de nuestra unión...

Llegué a Roma y visité con monótona admiración las galerías, circos, iglesias, catacumbas y las innumerables magnificencias de Roma. El ocho de enero vi a un amigo de la infancia, Gustavo de Bussières. Fuimos a cenar a casa del padre de mi amigo. Al entrar en el salón, encontré al hijo mayor de esta familia, Teodoro de Bussières, que había sido protestante y se había hecho católico, lo que era suficiente para inspirarme una gran antipatía...

Uno de los días, fui a visitar al señor Teodoro de Bussières (el convertido católico). Él me habló de las grandezas del catolicismo y yo le respondí con algunas ironías e imputaciones que había leído u oído. No hice más por respeto a la señora y a los niños, que jugaban junto a nosotros. Al fin me dijo:

- *Como detestas la superstición y profesas doctrinas liberales, ¿tendrás el coraje de someterte a una prueba inocente?*
- *¿Qué prueba?*

- *Será llevar un objeto que te voy a dar, una medalla de la Virgen. ¿Te parecerá ridículo verdad? Pero yo le doy un gran valor a esta medalla.*

Esa propuesta me sorprendió. Mi primera reacción fue reírme a sus espaldas. Al final consentí en tomar la medalla como pieza que ofrecería a mi novia. Dicho y hecho. Me puso la medalla al cuello. Y yo grité riéndome: “Ah, ah, ya soy católico, apostólico y romano”.

Era el demonio que profetizaba por mi boca. Y el señor Teodoro continuó: “Ahora hay que completar la prueba. Debes rezar mañana y tarde el “Memorare”, la oración Acordaos de san Bernardo (Acordaos, oh piadosísima Virgen María que jamás se oyó decir que alguno de los que han acudido a vuestra protección haya sido abandonado de Vos...)”.

Yo lamenté en ese momento no tener a mano una oración hebrea para ofrecérsela a fin de que la prueba fuera igual. Él me insistió que, si no rezaba la oración, la prueba sería nula y que probaría una vez más la obstinación que se reprochaba a los judíos. Yo no quise dar mayor importancia al asunto y le aseguré que lo haría. El señor Bussières fue a buscar la oración, invitándome a copiarla. Y yo le dije que me quedaría con el original y le daría mi copia.

Por fin nos separamos y fui a pasar la tarde a ver un espectáculo, olvidándome de la medalla y del Memorare, pero, al llegar a mi residencia, encontré un papel del señor Bussières, que había venido a visitarme, invitándome a visitarlo antes de mi partida de Roma. Yo debía restituirle su oración de san Bernardo y, al día siguiente, hice las maletas y copié la oración.

Era ya el 16 de enero, fui a sellar el pasaporte y hacer los trámites para la partida... Las palabras de la oración las sentí vivamente en mi espíritu. Me venían continuamente y las repetía sin cesar como esas estrofas de música que se tararean sin cesar.

Fui a visitar al señor Bussières y darle la oración copiada... Quería ver al Papa y el señor Bussières me aseguró que lo vería el primer día de San Pedro. Salimos juntos a pasear y hablamos de diversas cosas... También hablamos de cosas religiosas y yo las tomaba a risa. Él me dijo: “A pesar de tus arrebatos, tengo la convicción de que un día serás cristiano, porque tienes un fondo recto que me asegura que Dios te dará la luz... Los paseos en carruaje se repitieron los dos días siguientes y duraban una o dos horas. El miércoles 19 de enero, lo vi y parecía triste. Sus preocupaciones habían disminuido su afán proselitista y yo pensé que se había olvidado de la medalla milagrosa, mientras que yo murmuraba continuamente la oración de san Bernardo.

En la noche del día 19 al 20 me desperté sobresaltado y vi delante de mí una gran cruz negra de una forma particular, pero sin Cristo. Yo hice esfuerzos para quitármela de la vista, sin embargo, no podía evitarla, aunque volviera la vista a otra parte. No sé cuánto tiempo duró esto. Al fin me dormí y, al despertar, ya no pensé más en ello. Ese día 20 escribí a la hermana menor de mi novia y le decía: “Que Dios te guarde”. Ese mismo día recibí carta de mi novia y, al final, me escribía: “Que Dios te guarde”. Parecía que ese día estaba bajo el cuidado de Dios.

*Si alguien me hubiera dicho en la mañana de ese día: **Tú te has levantado judío y te acostarás cristiano**”, lo habría mirado como al más loco de los hombres. Después de haber desayunado en el hotel y llevado las cartas al correo, fui a ver al joven Gustavo de Bussières, que había regresado de caza, por lo que había estado ausente varios días. Nos separamos a las 11 a.m. y yo me fui a un café de la plaza España a leer los periódicos... Era mediodía: Si en ese momento un interlocutor me hubiera dicho: **“Alfonso, dentro de un cuarto de hora tú adorarás a Jesucristo, tu Dios y Salvador, te prosternarás en una pobre iglesia, te golpearás el pecho a los pies de un sacerdote en un convento de jesuitas, donde pasarás el carnaval para prepararte para el bautismo, listo para inmolarlo por la fe católica; y renunciarás al mundo, a sus pompas, a sus placeres, a la fortuna, a las esperanzas, a tu porvenir y hasta a tu novia, al cariño de tu familia, a la estima de tus amigos, al afecto de los judíos y no aspirarás más que a seguir a Jesucristo y a llevar su cruz hasta la muerte..., yo digo que, si tal profeta me hubiera hecho tal predicción, lo habría juzgado el hombre más insensato del mundo. Y, sin embargo, es esa locura la que hace hoy mi cordura y mi felicidad.***

Saliendo del café, me encuentro el carruaje de Teodoro de Bussières. Él se detiene y me invita a subir para dar un paseo. Acepté con gusto. Él me pidió permiso para detenerme unos minutos en la iglesia de San Andrés delle Frate. Me propuso quedarme en el coche, pero preferí salir para visitar la iglesia. Allí se estaban preparando los funerales de uno de los buenos amigos del señor Bussières. Era el conde de Ferronnays. Su muerte súbita era la causa de su tristeza. Él me dijo que sería cuestión de unos diez minutos.

Visité la iglesia: pequeña, pobre y desierta. Estaba casi solo. Ningún objeto de arte llamaba mi atención. Paseé la mirada a mi alrededor maquinalmente. Me acuerdo solamente que un perro negro saltaba y brincaba delante de mí. Pronto el perro desapareció, la iglesia entera desapareció y no vi nada, oh mi Dios, vi una sola cosa.

La palabra humana no puede expresar lo que es inexplicable. Toda descripción, por sublime que sea, sólo será una profanación de la inefable

verdad. Yo estaba prosternado, bañado en lágrimas, cuando el señor Bussières me llamó a la vida. No podía responder a las preguntas que me hacía. Yo agarraba la medalla que llevaba el cuello y besaba con emoción la imagen de la Virgen. ¡Era ella!

Yo no sabía dónde estaba, no sabía si era Alfonso u otra persona. Sentía un cambio tal que creía ser otra persona. La alegría más ardiente llenaba el fondo de mi alma. No podía hablar, no quería revelar a nadie lo que había pasado. Sentía en mí algo tan sagrado y solemne que pedí un sacerdote. Y, cuando estuve en su presencia y recibí la orden de hablar, hablé en la medida que me era posible, de rodillas y con el corazón temblando. Mis primeras palabras fueron palabras de reconocimiento para el señor de La Ferronnays y para la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias. Yo sabía con certeza que el señor La Ferronnays había rezado por mí, aunque no sabría decir cómo lo sabía... Yo salía como de una tumba, de un abismo de tinieblas y estaba vivo, totalmente vivo y lloraba y veía en el fondo del abismo las miserias de las que había sido sacado por una misericordia infinita... Pensaba en mi hermano Teodoro con una alegría indecible...

Me pregunto cómo entendí ciertas verdades, porque yo nunca abrí un libro de religión, jamás había leído una página de la Biblia y el dogma del pecado original, totalmente olvidado o negado por los judíos de nuestros días, nunca había ocupado mis pensamientos. ¿Cómo llegué a esos conocimientos? No lo sé. Lo que yo sé es que, entrando en la iglesia, ignoraba todo, y saliendo, yo veía claro. No puedo explicar este cambio... Yo no tenía conocimiento de la letra, pero entreveía el sentido y el espíritu de los dogmas. Yo los sentía más que verlos y los sentía por los efectos inexpresables que producían en mí. Todo pasaba dentro de mí...

Lo cierto es que el mundo no valía nada para mí: las prevenciones contra el cristianismo, ya no existían; de los prejuicios de mi infancia, no había la menor huella. El amor de Dios había tomado posesión en lugar de cualquier otro amor. El amor a mi novia lo veía bajo un nuevo punto de vista. Yo la amaba como se ama a un objeto que Dios tiene entre sus manos, como un precioso regalo que hace amar mucho más al donante.

Pedí a mi confesor, el padre Villefort, y al señor de Bussièrs, que guardaran mi secreto sobre lo que había pasado. Pensaba encerrarme en un convento de trapenses para ocuparme solamente de las cosas eternas. Pensaba que, en mi familia y entre mis amigos, me creerían loco y así podría escapar mejor del mundo.

*Sin embargo, mis Superiores eclesiásticos me dijeron que las injurias y los falsos juicios eran parte del cáliz de un verdadero cristiano. Yo estaba dispuesto a todo y pedía insistentemente el bautismo. Querían postergarlo y yo gritaba: **¡Los judíos que oyeron la predicación de los apóstoles, fueron bautizados de inmediato; y ustedes quieren retardar el bautismo a quien ha oído a la reina de los apóstoles!***

Entré al convento de los jesuitas para un retiro bajo la dirección del padre Villefort. Este hombre de Dios es una personificación de la caridad celestial. Todos los días durante el retiro el Superior general de los jesuitas venía él mismo a verme y sus palabras me llenaban de alegría, de luz y de vida. Su recuerdo hoy día es suficiente para recordar la presencia de Dios. No tengo palabras para expresar mi reconocimiento por Teodoro de Bussières y por la familia de La Ferronnays, a la que tengo una veneración muy especial.

Llegó por fin el 31 de enero y una multitud de almas piadosas y caritativas me rodearon de ternura y simpatía. No diré todo lo que se refiere mi bautismo, confirmación y primera comunión, gracias inefables recibidas el mismo día de manos del cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad.... Yo tenía deseo de ver al Papa y, como nuevo hijo de la Iglesia, fui presentado al Padre de todos los fieles. Creo que, desde mi bautismo, sentí por el Papa sentimientos de respeto y amor de un hijo a su padre. Todas mis ansiedades se derrumbaron cuando lo vi tan sencillo, humilde y paternal. No era un monarca, era un padre de bondad, que me trataba como a un hijo bien amado.

Las cartas de mi familia me dieron total libertad. Esta libertad se la consagro a Dios y se la ofrezco ahora con toda mi vida para servir a la Iglesia y a mis hermanos bajo la protección de María ⁵⁶.

*Observemos ahora algunos detalles de la conversión de Alfonso desde el punto de vista del barón de Teodoro de Bussières, que refiere: *Al regresar yo a la iglesia (de san Andrés delle Frate), lo descubro arrodillado en la capilla del arcángel san Miguel. Me acerco a él y lo toco tres o cuatro veces antes de que él se dé cuenta de mi presencia. Vuelve su rostro hacia mí entre lágrimas, junta sus manos y me dice: “Cómo ha rezado por mí ese señor (el señor La Ferronnays)”. Yo sentía que estaba en presencia de un milagro. Lo levanto, lo guío y lo llevo, por así decir, fuera de la iglesia y le preguntó qué tiene.**

- *Llévame a donde quieras, después de lo que he visto, yo obedezco.*

⁵⁶ *Conversion de Marie Alphonse Ratisbonne, racontée par lui-même, Paris, 1842.*

Le pregunto que me diga lo que ha pasado. Él saca de su pecho la medalla milagrosa y la llena de besos y lágrimas. Él sólo responde con exclamaciones entrecortadas: “Soy feliz. Dios es bueno. Qué plenitud de gracias y cuánta bondad”. Después, pensando en los herejes e incrédulos, llora y me pregunta si está loco, pero él mismo responde: “No, yo estoy cuerdo, no estoy loco”.

Cuando se calma un poco, radiante y transfigurado, me da un fuerte abrazo y me pide que lo lleve a un confesor. Quiere saber cuándo recibirá el bautismo, sin el cual no podría vivir. Y me explica que él no dirá nada, sino con el permiso de un sacerdote. “Porque lo que tengo que decir, sólo lo puedo decir de rodillas”. Lo llevo a los jesuitas, al padre Villefort, que le pide que se explique. Entonces saca su medalla, la abraza y grita: “La he visto, la he visto”. Después se calma y dice: “Estaba en la iglesia cuando, de golpe, he sentido una emoción inexpressable, levanté mis ojos y todo el edificio había desaparecido ante mis ojos. La sola capilla concentraba toda la luz y, en medio de aquellos rayos, apareció de pie, sobre el altar, grande, brillante, llena de majestad y dulzura, la Virgen María tal como está en la medalla. Una fuerza irresistible me lanzó hacia ella. La Virgen me hizo un gesto con la mano de arrodillarme y me parecía decirme: “Está bien”. No me ha hablado, pero yo lo he comprendido todo”⁵⁷.

Yo estaba con Alfonso y el padre Villefort, cuando el general Chlapouski entró y le dijo: “Señor, ¿usted ha visto la imagen de la Virgen? ¿Cómo ha sido?”. Alfonso le interrumpió: “¿La imagen? Yo la he visto a ella misma en realidad como una persona, como lo veo a usted”⁵⁸.

Después de dejar al padre Villefort, fuimos a dar gracias a Dios a Santa María la Mayor y después a San Pedro. Me decía, tomándome las manos: “Ahora comprendo el amor de los católicos por las iglesias y la piedad que los lleva a adornarlas y embellecerlas”. Junto al altar donde estaba el Santísimo Sacramento parecía perder el conocimiento, si no se alejaba pronto. Le parecía tremendo estar ante la presencia de Dios vivo y me decía: “Aquí no tengo miedo, estoy protegido por una misericordia inmensa... y quería pasar la noche junto al féretro del señor La Ferronnays, porque se admiraba del lazo poderoso que lo unía a él”⁵⁹.

El 31 de enero de 1842 en la iglesia de Gesù de los jesuitas de Roma, fue su bautismo. Después del bautismo se celebró una misa en la que comulgó,

⁵⁷ *Conversion de Marie Alphonse Ratisbonne*, escrita por Teodoro de Bussièrs, París, 1859, pp. 27-29.

⁵⁸ *Ib.* p. 34.

⁵⁹ *Ib.* pp. 30-31.

derramando abundantes lágrimas de emoción. El nuevo convertido recibió la bendición del Papa en una audiencia especial, en la que el Papa le regaló un crucifijo, que conservó toda su vida, y le bendijo muchas medallas milagrosas para que propagara su devoción.

Su hermano Teodoro, ya sacerdote, se reunió con él en marzo y así los dos pudieron celebrar la alegría de la conversión de Alfonso. Para perpetuar la memoria del milagro de su conversión, Alfonso de Ratisbona hizo construir la actual capilla de la casa de huérfanas de la providencia, dedicada a la santísima Virgen de la medalla milagrosa, en la que todos los años el 20 de enero, aniversario de su conversión, celebra la misa el Superior general de los padres vicentinos.

Para evitar falsas interpretaciones, el Papa Gregorio XVI ordenó una encuesta canónica, y el día 3 de junio del mismo año 1842, el cardenal Patrizi, juez ordinario de la Curia Romana, hizo pública la siguiente declaración oficial: “El eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Vicario de la ciudad ha declarado y pronunciado definitivamente, que consta plenamente el verdadero e insigne milagro obrado por Dios, por mediación de la bienaventurada Virgen María, en la conversión instantánea y completa de María Alfonso Ratisbonne, del judaísmo.

Y por cuanto es bueno y conveniente revelar y confesar las obras de Dios, Su Eminencia se digna permitir que a la mayor gloria de Dios y acrecentamiento de la devoción de los fieles a la bienaventurada Virgen María, pueda publicarse e imprimirse la relación de este milagro insigne, al que puede dársele pleno crédito y autoridad”.

Alfonso entró en el noviciado de la Compañía de Jesús y se hizo jesuita. Su hermano Teodoro le daba vueltas a la idea de establecer una Congregación de sacerdotes y religiosas, dedicada a la salvación de los judíos. Un día el padre Aladel le escribió: *Una hija de la Caridad ha encontrado dos niñas, cuya madre se muere, y de las que poco se ocupa su padre. Son israelitas lo mismo que sus padres. Una tiene catorce años y la otra once. La hermana les ha puesto la medalla milagrosa y dice que sus padres las cederían sin dificultad a quien se encargase de instruir las. La hermana ha pensado en usted.*

A la mañana siguiente fue con el padre Aladel a visitar a los padres, quienes aceptaron que las educaran como católicas. Como ya eran diez las chicas israelitas al cuidado de las hijas de la Caridad en la casa de la providencia, comenzaron en París el primer catecumenado parara bautizarlas y éste fue el fundamento de la Congregación de Nuestra Señora de Sión, dedicada especialmente a la conversión de los judíos. Para este efecto, el padre Alfonso,

con el permiso del Papa, salió de los jesuitas para unirse a la nueva Congregación y trabajar junto con su hermano Teodoro. A los diez años de la fundación, ya había hecho 200 bautismos y 22 abjuraciones del protestantismo.

El 27 de agosto de 1855, el padre Alfonso se embarcaba en Marsella rumbo a Jerusalén para establecer allí la primera casa de Nuestra Señora de Sión. Compró el antiguo pretorio de Pilatos, que convirtió en el convento del *Ecce Homo* de religiosas de Nuestra Señora de Sión. Su iglesia fue erigida por el Papa León XIII en basílica en 1902. En 1865 inauguró el hospicio de *Ain Karim* a cargo de las mismas religiosas; y en 1876 el Instituto de San Pedro de artes y oficios, dirigido por los misioneros de Nuestra Señora de Sión. Murió el 6 de mayo de 1884, cargado de méritos en *Ain Karim* a los 70 años de edad.

UN MILAGRO DE MARÍA

El señor Patrick Neger, su esposa Elisabeth y sus dos hijos, Pathy de tres años y Ludovic de veintitrés meses, visitaron el santuario de la Virgen de la medalla milagrosa en la calle du Bac de París, donde compraron unas medallas milagrosas, que se pusieron al cuello. Allí mismo encomendaron a Dios y a María su viaje a España, que realizarían al día siguiente, 26 de noviembre de 1983, en la aerolínea colombiana Avianca.

A la mañana siguiente, se levantaron felices para emprender el viaje y se dirigieron al aeropuerto Charles de Gaulle de París. Tomaron el avión de Avianca con destino a Madrid; pero, cuando el avión se encontraba muy cerca del aeropuerto de Barajas, en Madrid, perdió altura y cayó incendiándose. Murieron 183 pasajeros; solamente hubo 8 sobrevivientes. Entre ellos, toda la familia Neger. Patrick saltó por los aires al caer el avión a tierra y se desmayó. Recuerda: “Cuando volví en mí, me encontré en medio del campo rodeado de trozos del avión. Parecía una pesadilla, pero no lo era. En esto, pude ver la silueta de una mujer con dos niños. Era mi esposa con mis dos hijos. Todos estábamos vivos. Ciertamente, la Virgen María no defraudó nuestra confianza en ella y nuestra familia siempre considerará el estar vivos como un milagro de María”.

LOS SANTOS Y LA MEDALLA

El beato Juan Gabriel Perboyre, martirizado en China en 1840, conocía ya el valor de la medalla. El santo cura de Ars, en 1836, colocó sobre el altar de la capilla de la Virgen una imagen de madera de la Inmaculada Concepción de la medalla milagrosa. En 1835 y 1836 una religiosa suiza vio a la Virgen de la medalla como un eco de la aparición del 27 de noviembre de 1830.

El padre Degenettes, párroco de Nuestra Señora de la Victorias, tuvo la idea de consagrar su parroquia al Inmaculado Corazón de María y fundó una archicofradía para obtener la conversión de los pecadores. El éxito fue tan rápido que el mundo entero no tardó en oír hablar de los milagros asociados a las oraciones de los cofrades. Ellos toman como insignia la medalla milagrosa y se comprometen a rezar la oración de la medalla: *Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos.*

Los mártires de Uganda fueron a la hoguera llevando la medalla milagrosa. Santa Micaela del Santísimo Sacramento la llevó toda su vida. El padre Aladel fundó por deseo de la Virgen la Asociación de las hijas de María, y todas llevan como distintivo la medalla milagrosa, como la llevaron santa María Goretti y santa Bernardita, que fueron hijas de María. También fue hija de María santa Teresita del Niño Jesús; y una imagen de la medalla milagrosa la curó y le sonrió. El famoso cardenal inglés Newman se colgó al cuello la medalla el 22 de agosto de 1845, dos meses antes de su conversión el 9 de octubre de ese año.

EL PODER DE DIOS Y LA MEDALLA

a) PADRE GIOVANNI SALERNO

El padre Giovanni Salerno, fundador de la Congregación de los Siervos de los pobres del tercer mundo, nos dice: *Un día llegué a Coyllurqui al anochecer. Me trajeron a un cabo de la guardia civil tendido sobre una camilla improvisada. Los parientes que lo cargaban, me dijeron que, desde hacía ocho días, no comía y que echaba continuamente sangre por la boca. También en mi presencia siguió arrojando sangre hasta llenar una vasijita. Estaba realmente muy grave y yo no tenía medicinas ni siquiera para cortar la hemorragia...*

La mujer del enfermo me suplicaba que hiciera todo lo posible para salvarlo. Entonces, tuve que hablarle muy claro, diciéndole que se necesitaba un milagro de la Virgen María para poderlo curar. Debo decir que, curando a los enfermos, he recurrido siempre mucho a la medalla milagrosa y también en este caso les hablé al enfermo y a su mujer de las grandes gracias que la Virgen

santísima concede a los que con mucha fe llevan consigo su medalla milagrosa. Viendo la viva fe de los dos, puse la medalla milagrosa al cuello del enfermo y, junto con su esposa, recitamos tres avemarías.

Hacia la medianoche, un fuerte estruendo, proveniente de la verja del dispensario, me despertó sobresaltado, mientras un extraño calor inundaba mi habitación. Me levanté a toda prisa para comprobar qué había sucedido, pero pensé que lo que había provocado aquel estruendo podía haber sido uno de los hijos del enfermo al visitar a su padre.

A la mañana siguiente, fue grande mi asombro, cuando lo encontré sentado sobre la cama. ¡Estaba comiendo un buen trozo de pollo! Con calma me contó que hacia medianoche, la Señora representada en la medalla milagrosa lo había visitado y le había tocado la frente y él había sanado inmediatamente. Más adelante quiso que le diera una gran cantidad de aquellas medallas para dar a conocer a todos el poder misericordioso y materno de la Virgen María. ¡Cuántos kilos de medallas milagrosas hemos repartido entre los pobres! Podría narrar muchos otros prodigios obrados por la Virgen santísima por medio de la medalla milagrosa, cuando ésta se lleva puesta con mucha fe⁶⁰.

b) SAN MAXIMILIANO KOLBE

San Maximiliano Kolbe fundó la Milicia de la Inmaculada para conseguir la conversión de los herejes y, especialmente, de los masones. Para pertenecer a esta Milicia era preciso consagrarse a María, llevar la medalla milagrosa y rezar al menos una vez al día la oración: *Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos y por todos los que no recurren y especialmente por los masones.* Distribuyó personalmente miles de medallas milagrosas, que llamaba balas de pequeño calibre.

Refiere el padre Alberto Zrzilli: *Un día íbamos de paseo por la calles de Roma, cuando éramos estudiantes y un individuo se puso a blasfemar. El padre Kolbe se le acercó y le ofreció una medalla milagrosa, que aquel hombre aceptó y se la metió al bolsillo. Más tarde supe que este señor había mejorado en sus costumbres⁶¹.*

Otro caso, referido por el padre Kolbe: *Hace unos días vino una señora para pedirme que fuera a un enfermo que no quería confesarse. Había ido ya el*

⁶⁰ Salerno Giovanni, *Misión andina con Dios*, Ed. Edibesa, Madrid, 2002, pp. 47-48.

⁶¹ Summarium super dubio del Proceso de canonización, p. 123.

sacerdote don H., el cual me había enviado a aquella señora, ya que sus tentativas habían fracasado.

- *¿El enfermo ora a la Virgen rezando al menos un avemaría al día?, le pregunté.*
- *Se lo propuse, pero él contestó que no cree en la Virgen.*
- *¡Se lo ruego, llévele esta medallita, dije yo, dándole una medalla milagrosa. ¡Quién sabe si la aceptará por respeto a usted y permita que se la ponga al cuello!*
- *La aceptará por respeto a mí.*
- *Bien, llévesela y ruegue por él; por mi parte trataré de ir a visitarlo.*

Fui a visitarlo, aunque en lo profundo de mi alma me atormentaba la duda sobre el resultado de la visita. La única esperanza estaba en la medallita que el enfermo tenía consigo. Durante el trayecto recé el rosario. Después de un penoso camino llamé a la puerta del hospital. Me acompañaron enseguida al pabellón de enfermedades contagiosas, donde se encontraba el enfermo. Me senté junto a su cama y empecé una conversación. Me enteré de su estado de salud, pero en breve la conversación se centró en temas religiosos. El enfermo me manifestaba sus dudas y yo trataba de aclarárselas.

Durante la conversación vi en su cuello un cordoncito azul, precisamente el de la medallita. “Tiene la medalla, pensé, entonces la batalla está ganada”.

De improviso el enfermo me dice:

- *Padre, ¿podríamos llegar a la conclusión?*
- *Entonces, ¿usted quiere confesarse?, le pregunto.*

Por toda respuesta un llanto copioso trastornó su pecho enflaquecido... Los sollozos duraron un buen rato. Cuando el enfermo se calmó, inició la confesión. ¡Gloria a la Inmaculada por esta victoria!⁶².

Otra conversión: Se trata de un joven empleado. Había sido estudiante universitario en la facultad de leyes, pero estaba muy atrasado en el campo religioso. En una palabra, era lo contrario de aquel que comúnmente se llama “progresista”. En calidad de capellán del hospital consideré mi deber ocuparme también de su pobre alma. En los momentos libres, conversaba de buena gana con él sobre problemas de fe. Sin embargo, su argumento conclusivo era: “Yo necesito pruebas más claras”.

⁶² Carta de agosto de 1924, publicada en la revista *Rycerz Niepokalanej*, pp. 148-150.

Veía que no quería instruirse y despreciaba las buenas lecturas. Entonces, ¿qué podía hacer? Encomendé todo el asunto a la Inmaculada, por intercesión de la virgen de Lucca, Gema Galgani, fallecida hace poco en olor de santidad y ya conocida en todo el mundo.

Al otro día, partiendo de lejos, dirigí la conversación sobre la confesión, pero la argumentación procedía con dificultad; de improviso se abrió la puerta y se presentó justo un familiar, que le dijo que se diera prisa porque era hora de irse. Y se fueron después de un breve saludo.

Me quedé solo... “¿Cómo concluirá este asunto?”, me dije a mí mismo. Me puse de rodillas y supliqué con pocas palabras, pero fervorosamente, a la Inmaculada por intercesión de Gema.

De pronto me viene una inspiración: salgo al pasillo y allí encuentro a dicho familiar. “Discúlpeme, le dije dirigiéndome a él, aún debo despachar un asunto con este señor”. “Por supuesto, pase”, contesta.

Mi “hereje” estaba ya saliendo de su habitación con la maleta en la mano: yo lo invité a la mía. Tras cerrar la puerta, tomé una “medalla milagrosa” y se la di como recuerdo. La aceptó por cortesía. Entonces le propuse de nuevo confesarse.

No estoy preparado. ¡No! ¡Absolutamente no!” fue su respuesta. Pero... al mismo tiempo cayó de rodillas, como si una fuerza superior lo hubiera obligado a hacerlo. La confesión empezó y lloró como un niño⁶³.

- El ministro plenipotenciario del Japón en Polonia, señor Kawai, casado con una católica, estaba muy grave en Varsovia. El padre Kolbe fue a visitarlo. Escribe: “Me contó que durante una visita a Francia, en Lourdes había oído que allí desde el tiempo de las apariciones, los milagros nunca habían cesado. Él mismo, mezclado entre la muchedumbre de peregrinos procedentes de todas partes y caminando por Lourdes, había oído hablar de los milagros, había constatado claramente la atmósfera religiosa de aquel lugar; sin embargo no había advertido en sí el deseo de una vida de fe.

Fui a visitarlo y ofrecí al enfermo, a través de su esposa, la medalla milagrosa y lo encomendé a la misericordia de María, orando por el enfermo para que se curase y obtuviese el don de la fe.

⁶³ Artículo publicado en la revista *Rycerz* de enero de 1924, pp. 3-4.

La Reina del género humano hizo su obra y el enfermo pidió el bautismo. El ministro quiso adoptar el nombre de Francisco. De las manos del Nuncio bajó el agua santa sobre su cabeza y las palabras: “Francisco, yo te bautizo en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”...

Con el santo bautismo el ministro experimentó una gran alegría interior, que era evidente también en su cara. Durante las horas que le quedaron de vida, el ministro gozó de esta alegría y paz. Nos repitió algunas veces a los que estábamos a su alrededor: “¿Por qué no he abrazado antes esta religión y no he sentido antes esta felicidad?”⁶⁴.

c) SANTA TERESA DE CALCUTA

La Madre Teresa de Calcuta nos cuenta: Uno de nuestros médicos, oculista, trabaja mucho con nuestros pobres y es muy amable con ellos. Dedicaba dos horas diarias a ellos. Durante esas dos horas no atiende a nadie más que a los pobres, todo gratis: consulta, lentes, medicinas... Un día me dijo: “Madre, tengo un cáncer maligno y dentro de tres meses moriré”.

Fue a USA y le dijeron lo mismo. Regresó a Calcuta y su familia lo llevó al hospital. Fui a visitarlo al hospital, llevé una medalla de la Virgen milagrosa y le pedí que dijera: “María, Madre de Jesús, dame la salud”.

Encargué a su familia que rezara también a Nuestra Señora. A pesar de ser una familia hindú, debieron rezar con mucha fe. Después de tres meses, tiempo al cabo del cual supuestamente tenía que morir, el oculista vino a mi casa y me dijo: “Madre, fui al doctor, me examinó con rayos X, me hizo análisis y no encontró ni rastro del cáncer”. Un auténtico milagro. Ahora lleva una cadena al cuello con la medalla milagrosa⁶⁵.

- El 7 de diciembre de 1988 ocurrió un grave terremoto en Armenia, que provocó la muerte de 55.000 personas. La Madre Teresa fue a visitar a los damnificados con cuatro hermanas. Visitó un hospital para niños heridos en el terremoto y los saludó a todos y le regaló a cada uno una medalla milagrosa.

- Cuando fue a Nicaragua para pedir el permiso para fundar una casa, el gobernante sandinista Daniel Ortega la recibió en una sala grande de conferencias. La Madre Teresa iba acompañada de otra hermana y del padre

⁶⁴ Artículo escrito por el padre Kolbe en la revista *Mugenzi no Seibo* del Japón en diciembre de 1933, pp. 351-363.

⁶⁵ Arribas Pedro, *Mi comunidad son los pobres*, Ed. Trípode, Caracas, 1990, p. 87.

Leo Maasburg. *El gobernante empezó a hablar durante casi media hora sobre la legitimidad de la guerrilla, etc. Al terminar, la Madre se levantó y le preguntó:*

- *¿Tiene hijos?*
- *Sí, siete.*
- *¿Tiene esposa?*
- *Sí.*

Y ella sacó de su bolso varias medallas milagrosas y, después de besarlas, le dio una para cada uno de sus hijos, para su esposa y otra para él, explicándole que debía llevarla al cuello con una cadenilla o cuerda ⁶⁶.

Cuando la Madre estuvo en Alemania, al terminar un viaje en helicóptero, empezó a repartir caramelos, chocolates y medallas. Primero le dio al piloto, quien se sintió conmovido y dijo: *He transportado durante 25 años a muchas personalidades de todo el mundo, pero nadie me ha regalado nada. Hoy ha sido la primera vez. La Madre Teresa me ha dado un chocolate y una medalla milagrosa* ⁶⁷.

Dice el padre Leo Maasburg: *Un día entramos a visitar la capilla de la calle du Bac en París, donde tuvo lugar la aparición de la Virgen de la medalla milagrosa. Al reconocerla, salieron a recibirla las religiosas de la Comunidad con la Superiora. La Madre Teresa les dijo que las medallas milagrosas eran su principal instrumento pastoral y que había repartido miles de ellas. Solía dar una a cada persona que encontraba después de besarla. La Superiora le dijo: “Nosotras podemos regalarle algunas. ¿Cuántas necesita?”. Y la Madre Teresa le respondió: “Hasta ahora he repartido 40.000”. No creo que le regalaran tantas, pero las maletas estaban llenas de ellas* ⁶⁸.

En 1992 pensó en abrir una casa en Bagdad. La ciudad estaba destrozada por la guerra con Estados Unidos. Buscó una casa adecuada y, cuando la encontró, dejó una medalla milagrosa en el lugar para que Dios actuara y la consiguió. Allí fundó un hogar para niños lisiados y desnutridos.

- Lush Gjergji manifestó que la Madre le contó: *Estaba en Londres, teníamos necesidad de una casa. Las hermanas me recomendaron que sería oportuno comprar una determinada casa por muchas razones. Pero allí vivía un hombre duro, que no la quería vender en absoluto. Yo les dije a las hermanas: “Tened fe. Mañana iré a verle y besaré la medalla (milagrosa) de la Virgen y*

⁶⁶ Maasburg Leo, *Madre Teresa*, Ed. San Paolo, 2010, pp. 76-77.

⁶⁷ Ib. p. 82.

⁶⁸ Ib. p. 169.

*entonces todo será más fácil”. Por la mañana lo hizo así. Al mediodía aquel señor vino a verme y me dijo: “Quiero vender mi casa y quiero además que sean ustedes las que la compren”. El precio era exacto al nuestro. Vean, ésta es obra de la Virgen*⁶⁹.

- Durante su estancia en Rusia, decidió recibir un niño con grave discapacidad. *Se llamaba Andrés y, según el parte médico, no tenía posibilidades de sobrevivir. No podía caminar y se arrastraba por el suelo. Al principio Andrés parecía un niño malo. Las hermanas tuvieron conocimiento de haber sido maltratado y abandonado por su madre natural. Fue operado y la Madre Teresa le dio una medalla milagrosa para que la llevara al cuello, diciéndole que desde ese momento la Virgen María sería su madre. El niño no cesaba de besar la medalla... Andrés mejoró de tal manera que fue adoptado por una familia de Novosibirsk y llegó a ser un monaguillo del obispo, y después fue a estudiar a la universidad*⁷⁰.

- En 1971 la Madre hizo una visita a Inglaterra para establecer allí el noviciado. *Encontró una casa apropiada por un precio de 9.000 libras esterlinas, pero ella insistió en que lo máximo que podía pagar era 6.000. Como solía hacer cuando encontraba una casa apropiada, arrojó una medalla milagrosa en el jardín de la propiedad y, cuando volvió a visitar la casa, el agente inmobiliario le dijo que aceptaba las 6.000 libras porque le gustaba la idea de que la casa se llenara de amor. Recorrió algunas partes de Inglaterra, hablando de que quería construir un noviciado para sus hermanas y la gente empezó a darle dinero que echaba en una bolsa que llevaba. Cuando contó el dinero, comprobó que la suma ascendía a 5.995 libras esterlinas y se pudo comprar la casa*⁷¹.

EL SILLÓN DE LA VIRGEN

La Madre Dufès escribió al Superior general una carta en 1895 en la que le dice literalmente: *He aquí las palabras que ella me dijo. Oí un ruido como el roce de un vestido de seda, levanté los ojos y vi una Señora que bajaba de costado de la tribuna, se prosternó ante el sagrario y se sentó en el sillón del padre Richenet (Director de las hijas de la Caridad)*⁷².

Sor Emilia Pineau anota: *Al sillón donde se sentó la Virgen se le cambió la tela y se colocó en la sacristía para que se sentaran los sacerdotes. En 1880,*

⁶⁹ Gjergji Lush, *La Madre Teresa de Calcuta*, Ed. Encuentro, Madrid, 1988, p. 210.

⁷⁰ Maasburg Leo, o.c., pp. 181-182.

⁷¹ Spink Kathryn, *Madre Teresa*, Ed. Plaza & Janes, Barcelona, 1997, p.136.

⁷² Proceso, p. 165.

*con ocasión de celebrar los 50 años de la aparición, se cambió por segunda vez la tela y se colocó el sillón en la capilla y muchas personas que se han sentado en este sillón, han sido curadas de diversas enfermedades*⁷³.

CUERPO INCORRUPTO

La presencia del cuerpo de Catalina en la casa de Enghien lo consideran las hermanas como un pararrayos y una protección de Dios por medio de ella. Su tumba sigue siendo después de tantos años un lugar de peregrinación para muchas personas que buscan por su intercesión con milagros de curación y conversión.

Su cuerpo está incorrupto. Sor Dufès refiere: *Cuatro meses después de su muerte, un delegado de la prefectura de policía fue a visitar la bóveda y, al ver el féretro con su cuerpo que todavía no había sido enterrado, se indignó, pero casi al momento se calmó y pidió algunos informes sobre la hermana que estaba en el féretro. Yo quise ver en este cambio súbito la influencia misteriosa de la sierva de Dios*⁷⁴.

El miércoles 22 de marzo de 1933 se verificó el reconocimiento oficial del cuerpo de Catalina Labouré, trasladado a la Casa-Madre de las hijas de la Caridad desde su sepulcro de la Casa de la Providencia de Reuilly, en donde había permanecido cincuenta y seis años desde que fue allí sepultado el 3 de enero de 1877.

El reconocimiento canónico fue presidido por Su Eminencia el cardenal Verdier, arzobispo de París, en presencia del reverendísimo padre Vicario General de la Congregación de la Misión, de la Madre Superiora General de las hijas de la Caridad, de otras autoridades y de un gran número de misioneros, de hijas de la Caridad y de hermanitas del Seminario.

Abrióse el féretro de plomo que contenía los venerados restos, apareciendo el cuerpo de sor Catalina todo entero. He aquí las palabras del acta notarial firmada por los cirujanos: “El cuerpo se halla en perfecto estado, conservando toda la piel; sus músculos tienen toda su flexibilidad, las vísceras están íntegras, desecadas, sin que la putrefacción haya invadido ninguna parte del cadáver”.

⁷³ Proceso, p. 166.

⁷⁴ Proceso pp. 189-190.

Apareció su rostro acentuadamente moreno, mostrando las señales de la muerte, pero de ningún modo repulsivo; las manos blancas, en las que tenía el rosario, cubiertas aún de carne, excepto dos dedos algo ennegrecidos; hábito gris, el collete, el delantal y las medias, intactos, como si se los acabaran de poner.

Extraídas por los cirujanos las partes destinadas para reliquias, fue retirado el corazón que apareció íntegro, para la Casa de Reully, en la que la bienaventurada permaneció muchos años de su vida religiosa, y, mientras se cantaba el “Magnificat”, los médicos envolvieron el cuerpo en un lienzo de seda, colocándolo en un ataúd tapizado de blanco.

El doctor Robert Didier, dijo con asombro: *El color gris-azul de su iris persiste aún.* El cuerpo estaba incorrupto. Hoy, su cuerpo incorrupto, con un tratamiento de cera en manos y rostro, está en una urna de cristal y se puede visitar en la capilla de Nuestra Señora de la medalla milagrosa, en la Casa Madre de las hijas de la Caridad de la calle du Bac de París.

Fue beatificada por el Papa Pío XI el 28 de mayo de 1933, y canonizada por Pío XII el 27 de julio de 1947. Su fiesta se celebra el 28 de noviembre y la de la Virgen de la medalla milagrosa el 27 de noviembre cada año.

BIBLIOGRAFÍA

- Aladel padre, *La medaille miraculeuse*, Paris, ediciones entre 1843 y 1881.
- Aladel padre, *Notice historique sur l'origine et les effets de la nouvelle medaille*, Paris, cuarta edición, 1835; primera edición de 1834.
- Alfonso María de Ratisbona, *Conversion de Marie Alphonse Ratisbonne*, racontée par lui-même, Paris, 1842.
- Christophe Jacques, *Soeur Catherine Labouré*, Ed. Gallimard, 1940.
- Crapez Edmundo, *La venerable Catherine Labouré*, Ed. Spes, 1947.
- Crapez Edmundo, *La venerable Catalina Labouré*, Barcelona, 1911.
- Crapez Edmundo, *Le message du Coeur de Marie a sainte Catherine Labouré*, Ed. Spes, Paris, 1947.
- Guitton Jean, *Rue du Bac ou la superstition dépassée*, Ed. S.O.S., 1973.
- Laurentin René, *Vida de Catalina Labouré*, Ed. Cemme, Salamanca, 1984.
- Laurentin René, *Procès de Catherine*, Ed. Lienhart, Paris, 1979.
- Misermont Lucien, *L'ame de la bienheureuse Catherine Labouré*, Ed. Gabalda, Paris, 1933.
- Misermont Lucien, *Soeur Catherine Labouré et la médaille miraculeuse*, Ed. Gabalda, 1931.
- Processus apostolicus... super fama sanctitatis, vitae, virtutum et miraculorum in genere* (1900-1912).
- Processus apostolicus... super virtutibus et miraculis in specie inchoativus et continuativus* (1909-1912).
- Procès apostolique pour la beatification de Catherine Labouré* (1909-1912).
- Procès informatif de beatification de Catherine Labouré* (1896-1900).
- Richomme Agnes, *Sainte Catherine Labouré*, Ed. Fleurus, 1971.
- Teodoro de Bussières, *Conversion de Marie-Alphonse Ratisbonne*, Paris, 1859.
- Yver Colette, *La vie secrete de Catherine Labouré*, Ed. Spes, 1935.

&&&&&&&&&&&